

Posdata del futuro

ELÍ ISAÍ LOYA BALCÁZAR





GU-0049

JOJO
STEAD

Posdata del futuro

ELÍ ISAÍ LOYA BALCÁZAR





María Angélica Granados Trespalacios

Presidenta Municipal

Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Flor de María Navarro Pastrana

Gustavo Macedo Pérez

José Iván Cruz Estrada

Arturo Loera Acosta

Victoria María Montemayor Galicia

Luis Fernando Rangel

Víctor Velo

Vocales editoriales

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial

f / CreaturaEstudio

Diseño y maquetación

Tzeitel Velo

Corrección de estilo

Adrián Serato

Arte de portada

D.R. Instituto de Cultura del Municipio
Coordinación de Fomento a la Lectura y
Programa Editorial Municipal
Av. Teófilo Borunda Norte # 1617
Chihuahua, Chih. C.P. 31000

e

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021



La promoción de la lectura es un reto para el funcionariado público de todos los niveles, por eso, cuando logramos establecer estrategias para eliminar poco a poco las barreras entre el público y los materiales de lectura, lo consideramos motivo de celebración.

Durante esta administración municipal concretamos un proyecto sin antecedentes en el estado: la digitalización de todos los libros publicados bajo el Programa Editorial Chihuahua, en sus ediciones de 2018, 2019 y la del 2020, que estamos poniendo a disposición de la ciudadanía en general. Nuestro objetivo es ampliar el alcance de nuestras colecciones y distribuir los libros físicos en las áreas y con las personas que así lo requieran, a la par que se pueden descargar en la página web del Programa Editorial.

El democratizar el acceso a las publicaciones editadas por las instituciones debe ser una prioridad, no sólo por la promoción misma de la lectura, sino porque cada uno de los libros que se encuentran en nuestras tres colecciones (Soltar las Amarras, Con Trayecto e Historias de mi Ciudad) son un testimonio de la creación literaria que se está generando en el municipio, donde se vislumbran voces originales, críticas, con gran capacidad de análisis y de ser universales expresándose desde un contexto local.

Nos enorgullecemos de ser un espacio de difusión del trabajo creativo de escritoras y escritores tan talentosos. Enhorabuena por ello y sigamos celebrando la vida del libro.

SUENA UN COMPÁS TRAS OTRO COMO AGUA QUE FLUYE O SE DERRAMA

Por Jesús Chávez Marín / Julio 2021

Si bien con su primer libro titulado *Ojo de bruja* Elí Isai Loya Balcázar fue una sorpresa para la ciudad literaria por la novedad de su estilo, la ligereza y exactitud de la prosa, la burbujeante imaginación y gracia, en *Posdata del futuro*, que aparece ya con lectores fieles, una audiencia atenta a su autor, Elí se consolida como un cuentista hecho y derecho.

En cada relato un parque por donde surge el paseo, no todas las veces alegre y placentero sino en ocasiones angustioso y de miedo cerval; en cada acción un espejo dinámico donde aparecen las calles de todos, las virtudes y las traiciones que parecen tan cercanas a nuestra vida como los más estimados vecinos.

El autor actualiza en este libro la literatura fantástica, varios de los textos pertenecen a ese género: hay peones del ajedrez que tienen más sentido común que los reyes ciclados en el petrificado poder, princesas distintas que no necesitan ser liberadas y se liberan solas — como corresponde a su siglo —, extraterrestres que se dan una vuelta por los torrentes del pensamiento humano, tan revuelto siempre con sentimientos, los más tiernos y también los crueles.

El relato final, que da título al libro, es una mezcla muy entretenida de novela breve y ensayo y hasta parece la tesis central, pero el autor es un artista que imagina y juega, no del todo un filósofo impositivo. Hay otro cuento de ese mismo tipo que atrapa del todo nuestro corazón de lectores, y lo voy a poner en este prólogo por el puro gusto de compartirlo, aunque también aparece en su lugar correspondiente en este volumen:

Héroes

Frente a una casa juegan a los monitos Toño, Rafa y Joaquín; están echados en la falda de un montón de arena. En la montaña hay grandes salones y pasajes que sirven al mismo tiempo como casas y como portales para viajar en el tiempo; hay una reserva de energía espacial que protegen con su propia vida; hay un país, al norte, donde moran aquellos que carecen de cuerpo; hay una cárcel en el fondo del

agua; hay un bosque terrible y un coliseo donde se enfrentan todo tipo de criaturas.

—Que yo era el mostro —dice Rafa.

—Se dice monstro —lo corrige Joaquín con cariñosa paciencia, pero Toño interviene:

—De hecho, se dice monstruo.

—Toño —insiste Joaquín con aire de suficiencia—, acuérdate que mi mamá es maestra de español, ¿quién va a saber más?

Y Toño, ya con las manos y la mente ocupadas en un duelo intergaláctico, dice más bien para sí, pero en voz alta:

—Qué raro; se equivocó la revista *Muy interesante...*

De pronto (nadie supo cómo ni por qué) surge la guerra entre las naciones que conforman el continente-montaña. Los países, las tribus y casas se ven envueltos en un conflicto que amenaza la paz. Entonces cada región envía a un representante a una asamblea de emergencia para proponer soluciones.

Toño, elegido por los habitantes de las tierras altas, propone que desaparezca el dinero del mundo, y que se restituya el trueque universal.

Rafa, abogando por los países medios, está seguro de que suprimiendo los nombres de los países y eliminando los apellidos de las personas todos serían al fin una sola familia.

Por último Joaquín, enviado por los ciudadanos de los inicios del mundo y los bosques lejanos, insiste en que nada beneficiaría más que decretar abolida la propiedad privada, para que todos posean en común el total de recursos.

Después de largos debates y contrastes de puntos de vista, la asamblea resuelve aceptar las tres cosas.

Justo antes de firmar el acuerdo en la arena, la mamá de Joaquín le grita por la ventana que ya está lista la comida; Joaquín deja caer su alienígena y en unos pasos ya está muy lejos del continente; Toño y Rafa se levantan y se sacuden la ropa, también en sus casas ya deben estar sentándose a la mesa.

Los tres ignoran que han salvado al mundo.

Este es un libro de los que en cada página los personajes nos ponen a pensar; dada la vida plena que les da con toda libertad un autor sensible y reflexivo. Y tal vez su literatura no salve ella solita al mundo, pero pone valiosos granitos en la montaña de arena de este cuento donde todos vivimos.

ÍNDICE

CAPÍTULO I COMPLEJO INDUSTRIAL-JARDINES/CENTRO X INDEPENDENCIA	13
CAPÍTULO II EL PEQUEÑO DILUVIO	19
CAPÍTULO III LA GUITARRA DE PABLO	23
CAPÍTULO IV JUEGO DE NIÑOS	27
CAPÍTULO V EL CONCIERTO DEL SIGLO	30
CAPÍTULO VI EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA	33
CAPÍTULO VII DA CAPO AL FINE	36
CAPÍTULO VIII RETIRO ESPIRITUAL	40
CAPÍTULO IX UN DECIR	42
CAPÍTULO X HÉROES	44
CAPÍTULO XI AMORES POSIBLES	46
CAPÍTULO XII LA CANCIÓN DEL REY	48
CAPÍTULO XIII JAQUE MATE	52
CAPÍTULO XIV EL JARDÍN SOÑADO	57
CAPÍTULO XV DAR CON EL GENIO	60
CAPÍTULO XVI DUDAS EXISTENCIALES I	64
CAPÍTULO XVII DUDAS EXISTENCIALES II	67
CAPÍTULO XVIII LA SEGUNDA BABEL	69
CAPÍTULO XIX DÍA DE SUERTE	71
CAPÍTULO XX MALFARIO	73
CAPÍTULO XXI A DIOS NO LE GUSTA EL FUTBOL	77
CAPÍTULO XXII UN SECRETO MUY CONOCIDO	80
CAPÍTULO XXIII OFICIO DE EXTINCIÓN	83
CAPÍTULO XXIV UNA DEL MONTONCITO	84
CAPÍTULO XXV EL ESPEJO ECUMÉNICO	86
CAPÍTULO XXVI POSDATA DEL FUTURO	88

COMPLEJO INDUSTRIAL-JARDINES/ CENTRO X INDEPENDENCIA

En los asientos de hasta atrás viajan seis o siete albañiles; algunos cabecean durante el trayecto, otros miran por la ventanilla y, ocasionalmente, se vuelven hacia sus compañeros para comentar lo guapa que está aquella morrita, lo caguamera que se puso la tarde. También vienen algunos empleados de maquila, todavía con sus batas puestas y el gafete colgado. Por el camino suben algunos estudiantes de secundaria y preparatoria del turno vespertino, un viejito con cachucha de Alsuper, y otros tantos que no se sabe de dónde vienen ni a dónde van.

Aunque acostumbrados al servicio sin estrellas del transporte público, los pasajeros no pasan por alto que el chofer, a carcajada limpia y los bigotes llenos de migajas, viene haciendo oídos sordos a una viejita que, durante al menos tres paradas consecutivas, se desgañita pidiendo la parada sin conseguir que el conductor se toque el corazón. Además de la rechifla, uno de los obreros le grita que no se pase de lanza, que si no oye, a lo que el desfachatado piloto responde, mirando por el espejo, que para eso está el timbre.

—¡Que bajan cabrón! —insiste el trabajador, ya subiendo el volumen.

El camión se detiene de sopetón, provocando empujones y choques entre los usuarios; la señora, de sesenta y tantos, baja por la puerta trasera, pero antes de que ponga los dos pies en el suelo el chofer se arranca, dando con la seño de narices en el pavimento. Por supuesto,

no se hacen esperar las mentadas de madre en todas las variantes conocidas.

El chofer, más preocupado por cerrar su refresco desechable que por el bienestar de la señora, apenas si mira por el espejo lateral cómo bajan algunos a auxiliarla. En lo que la incorporan, sacudiéndole la ropa y buscándole raspones, el más veterano de los obreros se encamina hacia enfrente, cuchara en mano, y le dice al chofer con toda tranquilidad:

—Ya estuvo bueno, cabrón, a chingar a tu madre.

Entre incrédulo y risueño, el gandalla contesta todavía:

—¿Tú y cuántos más?

Pero ni siquiera termina de hablar, cuando el certero filo de un cucharazo le revienta la nariz, manchándole, además del bigote y la barba, una percutida camiseta del PRI. Más rápido que un bajan, su fanfarronería queda reducida a gemidos y maldiciones entre dientes. Sorprendidos por lo que acababa de suceder, algunos se encaminan hacia las puertas, pero las salidas ya están bloqueadas por un par de albañiles.

—De aquí no se baja nadie —dice el que acaba de propinar el mazapanazo, y añade, dirigiéndose a dos señoras de la primera fila—. Ahí con su permiso, jefitas, si me hacen favor de levantarse, que este es asiento preferencial para los discapacitados de su pinche madre. Quienes habían bajado a auxiliar a la viejita, al percatarse que arriba están reasignándole un lugar al chofer a punta de sapes y patadones, se alejan como no queriendo, llevándosela con ellos, sana y salva.

—Guachen, gente —retoma el maistro, alzando más la voz mientras toma el volante—, en la parada del cine vamos a dejar que se bajen los que se quieran bajar...

Todo mundo escucha con un silencio que no se había hecho durante todo el viaje.

—Vamos a comprar unos chescos y unas papas con el dinero que trae este pinchi panzón y le vamos a ir dando de chingazos hasta que nos cansemos... o hasta que nos agarre la chota.

Nadie se atreve a responder. Son las 7:30 de la tarde, y, como el que calla otorga, el viaje se reanuda mientras algún samaritano asiste con clínex al exchofer, que a estas alturas ya fue debidamente maniatado.

Tal como ha prometido, el chofer se detiene en la parada del cine.

—Hasta aquí llegamos, pasajeros —grita arremedando la voz del rehén.

Poco más de la mitad del pasaje desciende a toda prisa, al tiempo que, apostado en la puerta trasera, uno de los albañiles repite recomendando a los que bajan:

—Gracias por no poner dedo, joven; gracias por no poner dedo, damita... Ya se la saben, por aquí nos miramos.

La mayoría de los que se quedan, indecisos, tantean si todavía pasará otro camión que los lleve a su destino; hacen cuentas de lo que desembolsarían de tener que pagar un par de pasajes más, o hasta un taxi... el camión se pone en marcha de nuevo, y, por lo pronto, todos se ponen cómodos y aguardan las indicaciones del capitán.

Así van las cosas, cuando de pronto, un muchacho joven, delgado y forrado de tatuajes se le acerca al conductor y le dice:

—Eh, qué tranza jefe, ese güey me debe cambio de doscientos; me dijo que orita me lo daba, y la neta es lo único que traigo.

El albañil, sin voltear a verlo, le contesta amistosamente:

—Simón, mijo, qué pues; deje nomás me paro pa' hacer cuentas.

Y dicho y hecho, en menos de diez minutos el nuevo chofer se estaciona a pocos metros de un Oxxo. Agarra un delgado fajo de billetes que está sujetado a un broche, debajo del volante, y se levanta con los ojos brillosos:

—A ver, cholo, ahí te van tus dos varos completitos. Es más —añade mientras el muchacho recibe el dinero— tú vas a ser el tesorero.

Guachen —prosigue, dirigiéndose ahora a los demás pasajeros—, aquí mi compa el chofis se pone con esta feriecilla, pa ver qué nos completamos aquí en el oxxeno... —y como ve que los pasajeros no terminan de comprender, pide, intentando romper el hielo— ¡Un aplauso por favor para mi compa el chofis, chingao!

Su estrategia da resultado: un repentino entusiasmo estalla en ovaciones y aplausos para el aludido.

—¡Eso, mis chingones! —festeja el chofer, y agrega— Guachen, como les estaba diciendo, aquí mi compa el cholo va a ser el tesorero; y para que vean que la tranza es legal, ahora mismo hacemos la entrega del apoyo económico —dice mientras entrega los billetes y las monedas del botín al cholo, que con alegre diligencia cuenta el dinero.

—837 bolis —informa muy sonriente.

—Pos ahí está, gente, ya si quieren ponerse con algodón pa completarnos chido, pos aquí con el cholo. Por lo pronto ahí les va mi parte... sin albur —concluye el chofer entregando un billete de cincuenta pesos.

Una vez bien armados con cervezas, chicharrones y botanas, se inaugura la pachanga con un brindis.

—¡Pos que chingue a su madre el chofer! —dice el cholo, ya entrado en confianza.

—Qué pasó, qué pasó —se queja el albañil al volante.

—No, qué pues, míster —tercia el cholo, riéndose— el otro chofer.

—Ah, en ese caso, ¡pos que la chingue! —finaliza el albañil levantando su cerveza.

—¡Pos que la chingue! —corea el resto de los presentes.

Ya hecho de noche, con la música a todo volumen y las luces internas del camión prendiendo y apagando, un proactivo entusiasta pide que bajen la música para dar un anuncio:

—Qué rollo, pandilla, ¡¿cómo andamos?!— grita como animador, dejando ver ya el entorpecimiento con que empiezan a hablar los borrachos, y de inmediato recibe como respuesta un largo ¡uuuuuuuh! general.

—Tiempo, tiempo —continúa—, a ver, pípol, ¡chingo mi madre si no nos la estamos pasando al puro pedo!

—¡Uuuuuuuuh! —arremete de nuevo la concurrencia, ya bien mezclada y desinhibida.

—Pos nomás que las cheves no son eternas, cabrones... —sentencia destapando otra lata— Y la neta ustedes no están para contarlo, ni yo para saberlo... ora sí que no es presunción, y tampoco espero que me lo crean, pero soy bien pedote. —Da un trago y retoma—: Pero bueno, bueno, las malas noticias son que ya se está acabando el parque y que ya están cerrados los expendios; la buena es que andamos en el centro. Conozco dos tres lugares donde podemos llegar acá, sorderones, a conectar otras birrias, y si quieren hasta otra cosita, como dice el Richi Valens. ¿O a poco ya se quieren desafanar?

De inmediato se organiza una nueva pareja tesorera y un comité, que se hacen cargo de recolectar las provisiones. Hacia las once de la noche aquello ya es reventón profesional; algunos van pidiendo la bajada, y aquí y allá trepan a nuevos invitados (por cien pesos con barra libre). La verdad, al principio desconcierta ser abordado por semejante cantina ambulante, pero la oferta es tentadora y se ve que arriba traen un pinchi ambientazo.

Ocasionales paradas para ir al baño. Otra ronda aquí, otra más por allá. Para las 12:30 ya se han rotado cuatro relevos en la conducción del camión y el chofer primigenio ha recibido más cocos, pellizcos y picadas de cola que todos los pasajeros que levantó ese día... Hasta que una patrulla de tránsito les hace la parada.

Pero no todo está perdido.

—Si vamos a hacer algo, vamos a hacerlo más o menos —dice el chofer en turno. Propone continuar hasta que se queden sin diésel. El consenso aprueba y ratifica. Despuecito del tránsito, hace su aparición la policía, y cuando menos pensamos, ya se han sumado a la persecución la Guardia Nacional y un helicóptero de las noticias.

Pero, como pasan treinta minutos y ni el chofer se detiene, ni el diésel se termina, el camión es impactado por un vehículo pesado de la policía y va a estrellarse contra un cajero automático. Por fortuna, fuera de golpes leves, nadie ha salido lastimado. Antes de que los apresen, se ponen de acuerdo: los albañiles han sido los autores intelectuales, los demás fueron obligados a permanecer a bordo en contra de su voluntad.

Al día siguiente, en las primeras planas y en las noticias principales, aparecen esposados cuatro albañiles despeinados, con mezcla seca y ojos de ternura (parece que de pronto van a sonreírse). «Tamaño partyzón en Ruta 6». «Secuestran urbano con todo y pasajeros». «Santa madrina: chofer es asaltado por malvientes», dicen los encabezados sobre sus respectivas fotos: el chofer en una ambulancia y los daños que sufrió el Mercedes Benz del siglo pasado.

EL PEQUEÑO DILUVIO

Esta ciudad es famosa por sus escasas lluvias, lo que refuerza la contundencia de las burlas que recibimos por parte de los foráneos, que se les llena la boca cuando dicen que no saben cómo hemos podido echar raíces en este llano seco, que sólo a nosotros se nos ocurre asentarnos en medio del desierto (como si uno decidiera dónde nacer); pese a ello, cada temporada de agua ocurre algo contradictorio: nuestra ciudad se inunda al menor chaparrón. El comentario general es que no contamos con un sistema de drenaje pluvial eficiente.

Lo cierto es que cada verano es lo mismo, calles y avenidas se llenan de baches, decenas de coches se quedan a la deriva en grandes charcos que tardan en desaparecer. En fin, no importa la brevedad de la lluvia: si llueve, se inunda. Se entorpece todavía más el tráfico, y a menos de que te resignes a un chapuzón, es prácticamente imposible caminar por la calle. De trombas y tormentas ya mejor ni hablamos.

Quizá en el fondo es cierto, a veces parece que nunca pasa nada en nuestro llano seco: las calles lucen vacías a todas horas (salvo por los coches); la actividad social y comercial se ciñe al horario imperturbable de diez de la mañana a doce de la noche, cosa que no les cabe en la cabeza a quienes terminan naufragando aquí, ya sea por negocios, tragedia o curiosidad, y que no dejan de añorar sus ciudades que nunca duermen.

Yo trabajaba en Papelerama cuando aquella llovida, surtiendo los pedidos que se hacían por teléfono. Empujando un carrito, iba de

pasillo en pasillo esquivando a los montacargas, jugando carreritas con mis compañeros... No ahondaré en la mezquindad de las prestaciones, en los horarios opresivos, en la negligencia y estupidez de gerentes y encargados porque no añade al caso que expongo. Sólo diré que tanto yo como el resto de mis compañeros trabajábamos a evidente disgusto.

Quizá por eso, y no por una tendencia natural que no quiero creer, todos robábamos: plumas finas, memorias USB, libretas de apuntes, marcatextos, calculadoras o cualquier otra cosa insignificante o inservible que íbamos acumulando en algún rincón de la casa, de donde tal vez nunca lo volveríamos a sacar.

El caso es que era evidente el resentimiento contra eso que no podíamos precisar ni entender y a lo que no le importábamos en lo más mínimo; es más, no solamente no reparaba en nosotros, sino que le tenía sin cuidado si robábamos o no. Por lo demás, se trataba más bien de un acto terapéutico para poder soportar una jornada más.

Silvia, la seño de la limpieza, me contó alguna vez que cuando comenzaba a llover, siempre le pedía a Dios que lloviera más fuerte, que lloviera mucho; que se fuera la luz para que no llegaran clientes y nos sentáramos todos a pitorrearnos del descontento del gerente. A mí me hacía gracia un poco, y otro tanto me conmovía.

Ese día cayó en sábado, día de paga. Desde temprano estuvo nublado, y todos, más o menos, adivinábamos alguna llovizna. Empezaría a chispear como a las 9:30, poco después de que se abrieran las puertas de la tienda. Apenas nos entregó los sobres con nuestro sueldo, el gerente se fue a «atender una reunión». —Ahí les encargo el changarro, chavos —nos dijo con su invariable cara de pendejo.

Aunque la lluvia inició menudita, la mañana se fue oscureciendo inusualmente, tornándose cada vez más espesa; los truenos y las

ráfagas parecían estallar en el mismísimo interior de la tienda. Pronto nos quedamos sin luz y, en un instante, la calle se convirtió en un salvaje caudal que arrastraba, al principio, basura y ramas, después pájaros y hasta perros.

Al día siguiente nos enteraríamos de que a lo largo y ancho de la ciudad llovió de tal forma que todo se puso de cabeza: postes, árboles, contenedores de basura, todo se movió de lugar; bardas enteras se vinieron abajo, los autos eran arrastrados por la corriente como si fueran de juguete; colonias completas fueron evacuadas y quedaron totalmente destruidas.

Mientras tanto, para la una de la tarde el agua ya había inundado cada pasillo y departamento de la tienda; el agua no sólo entraba desde la calle, sino por el techo, que cedió abriendo enormes boquetes. En algún punto ya no fue posible mantenerse seco, adentro o afuera de la tienda; el pánico hizo presa de todos nosotros: algunos lloraban, otros estaban paralizados mirando hacia todos lados, no faltó quien se internara en la tormenta fuera de sí.

Entonces, entre la ofuscación y el delirio, Silvia se quitó el chalequito amarillo de Bic y empezó a echar al agua todo lo que tuvo a su alcance: navajas escolares, cintas adhesivas, estuches de pinturas y pizarrones...

En una suerte de epifanía, cuando los que quedábamos en la tienda nos dimos cuenta de lo que hacía corrimos a ayudarlo. Abrimos las puertas de par en par y con gran alegría mirábamos perderse río abajo las cajas de cuadernos Scribe, monitores de computadora, lámparas, rollos de papel kraft, anaqueles y cientos de cartulinas de colores.

Una oscura energía indescriptible nos alentó a no parar hasta que la tienda quedó por fin vacía. Empapados y en trance, henchidos de dicha y confusión, vimos al fin cómo dejaba de llover, poco a poco,

y cómo iba descendiendo el nivel del agua,. El sábado se cerraba a las cuatro, pero para esas horas ya no había una tienda que cerrar, la lluvia la había desaparecido para siempre, en su domicilio y en nuestros corazones.

LA GUITARRA DE PABLO

San José de las Guitarras (como se le conoce popularmente) siempre fue célebre por la maestría de sus artesanos, cuyo quehacer espléndido ha llevado la laudería a alturas insuperables. Sin embargo, en algún punto de su esplendor, la suerte los llevó por un camino distinto al de otros lauderos del país, que a la fecha siguen vendiendo instrumentos de cuerda como si de liras afinadas por Orfeo se tratara.

El más pequeño de la familia Lara (por mucho los fabricantes más importantes del pueblo) mostró poco interés por la manufactura de guitarras, requintos y otras semejanzas, y pidió a don Rodolfo su bendición y patrocinio para ir a estudiar a Europa. Eran tiempos buenos, no sólo para la familia Lara, sino para el pueblo entero, de modo que la respuesta paterna fue favorable.

Los muchos fabricantes, aunque orgullosos, gustaban de practicar una amigable y deportiva competitividad, siempre esmerándose en sus trabajos para superar a sus paisanos en calidad y belleza.

Todo fue que Pablo regresara del Viejo Mundo, intercalando fluidamente (hasta en los más mínimos diálogos) expresiones francesas, giros ingleses e italianos, y hablando sólo Dios sabe en cuántas otras lenguas no menos imponentes, si bien no igualmente reconocibles.

Su visión y pericia, adquiridas en aulas extranjeras, influyó pronto en los productos de la familia Lara, quienes, recelosos al principio, fueron cediendo a favor de la renovación y el enfoque empresarial.

La acústica, la ergonomía, la experiencia al tacto fueron pasando a segundo y tercer término, dando prioridad a una estética que las

más de las veces resultaba innecesaria y hasta exagerada, que no se quedaba en adornar los acabados de los instrumentos (ya desde siempre exquisitos y agradables de ver) sino que, siempre ante la exigencia de Pablito, en el extremo del mástil se modelaba la cabeza de una víbora o el cuerpo de un lagarto; se eliminaba la tradicional boca de la guitarra para redistribuir orificios con silueta de mariposa; o fabricar la caja de resonancia cúbica o esférica.

Estamos hablando de la mejor época de San José. Aunque en un inicio las familias de laudereros se quedaron perplejas al ver el cambio tan repentino en la confección de piezas de la familia Lara (ya dijimos que los habitantes eran buenos competidores), pronto se dejaron persuadir entre sí de que el mercado cambia y de que hay que renovarse o morir.

No tuvieron que pasar muchos años para que ya no se consiguiera una guitarra, cara o barata, que sirviera para tocarse. Incluso si decimos que los laudereros pasaron a producir simples artesanías, estaríamos siendo inexactos. Y es que la evolución fue tal que no tardaron en aparecer desde violines de tamaño real metidos en botellas, hasta guantes programados que (según se fuera izquierdo o derecho) reconocían el movimiento de los dedos al hacer la mímica de estar tocando un instrumento tal y hacían sonar una musiquita simpática que la verdad, lo que sea de cada quien, apantallaba.

Se exploró la miniatura y la gran escala, lo visual, la textura, la geometría y lo abstracto; se organizó un concurso anual donde cada familia mostraba las creaciones más absurdas y desangeladas. Una vez, por ejemplo, ganó una especie de escafandra de madera que se gloriaba de ser la primera guitarra de sonido envolvente: varias piezas, hechas a medida, se acoplaban al cuerpo y cerraban de modo que quien tocaba el diapasón (que quedaba por fuera a la altura del pecho) estaba escuchándose tocar en la misma caja de resonancia.

Otro año hubo un reñido empate: por un lado una guitarra armable, hecha con tubo PVC, reciclada y reciclable, con cuerdas de volumen mínimo, ideal para viajeros, ecologistas y familiares hartos de escuchar los estudios de fulanito; por otro, una pequeña guitarra de marfil electroacústica, con hermosos grabados y piedras preciosas engastadas; aunque no tenía buen sonido, era el regalo perfecto para quien estuviera dispuesto a pagar el precio.

La verdad es que muchos de estos artículos no pudieron llegar a demostrar el ingenio y la veracidad de sus creadores. Es más, la mayoría no se vendieron o nunca se llegaron siquiera a fabricar, pues la mayoría de los compradores sólo llevaba de vez en cuando unos aretes o un llavero. Con todo, por honor o por costumbre, las familias no dejaron de hacerse competencia hasta el final.

Con el tiempo, el 70 % de los talleres quebraron o cerraron para dedicarse a otras cosas. Pablo, como gerente de Lara&Lara Souvenirs, y al irle la vida en conservar el nombre de la familia como la principal y de más relevancia, fue un paso adelante: poco a poco adquirió las piezas de sus vecinos en bancarrota por precios de lo más ventajosos, hasta que a la larga inauguró un museo.

Algunas familias no tardaron en abrir museos propios, pero el arrojo y la ambición de Pablo lo fueron empujando a hacer gastos cada vez más temerarios e irresponsables con tal de tener siempre la mejor exhibición.

La última vez que visité el pueblo, el año pasado, el museo Rodolfo Lara exhibía de manera permanente una única pieza: una guitarra hecha de oro de 24 quilates, del tamaño y las proporciones de una guitarra española, cuerpo macizo, metida en un aparador de vidrio blindado, custodiada día y noche por tres o cuatro guardias soñolientos.

Obviamente no suena, es más, ni cuerdas tiene (es decir, las cuerdas

se constituyen de un fino relieve), pero en verdad que es una hermosura digna de contemplarse. Había planeado tomarme una foto (más por morbo que por satisfacción) pero, alegando «políticas de seguridad», desde la entrada te retienen cámaras y teléfonos.

JUEGOS DE NIÑOS

Típica tarde soleada, después de la comida. Los adultos se atrincheran en la sobremesa a hacer cosas de adultos: analizan la crisis; cuentan chistes; se beben un café o una cerveza mientras juegan al póker; escuchan música.

Los lepes, mientras tanto, juegan a ser todas las cosas que van imaginando: se ponen serios; «hay que poner la alarma para levantarnos temprano», viajan: «pónganse el cinturón... Mil pesos de gasolina...», discuten por cosas importantes: un bizcocho, un turno de tirar, un control de PlayStation...

A cierta hora parece que el sol entra en la casa y se tumba en la sala. Todo mundo en lo suyo, nadie perturba el desorden cotidiano, hasta que, en uno de esos silencios milagrosos, Joel dice con toda la fuerza de sus ocho años: «¡A huevo, cabrones, me la pelan!», y su voz impostada resuena en el silencio como un cerillo encendido en medio de la noche. Todos los primos estallan en risas desquiciadas, se tiran en el suelo, se agarran la barriga, lloran y se echan pedos. Señalan a Joel, que está más rojo que las granadas del patio.

Pero los adultos están muy ocupados en sus cosas, jalando de viejos rencores que dejaron raíces, fingiendo que algunas cosas les importan un pito y que otras las encuentran graciosas. Afortunadamente no escucharon: los papás de Joel son testigos de Jehová.

Por eso no puede ver Los Simpson ni saludar a la bandera; por eso se quedó sin domingo cuando les puso hormigas en los oídos a dos niños de su escuela; tampoco puede agarrarse a chingazos ni hojear

las revistas que a veces dejan los tíos en el baño; pero, sobre todo, tiene estrictamente prohibido decir malas palabras.

Una vez, por ejemplo, pidió de comer en la cocina de la abuela: «No he comido nada, tengo mucha hambre... denme aunque sea un chile». Su madre se indignó tanto que lo hizo comerse una lata de chiles curtidos entera: «Para que no se te vuelva a ocurrir andar de hocicón».

Los primos se siguen carcajando, tirados en el suelo. La risa se prolonga de una manera infame, hasta que al fin logran calmarse y continúan jugando a cualquier cosa.

Sin embargo, los primos más malintencionados saben cómo sacar provecho. Desde ese mismo día, empiezan a chantajear a Joel con decirle a sus padres lo que ha gritado en la sala en total impunidad. A cambio de su silencio, debe hacer lo que se le pida y debe dejar de hacer lo que se le ordene. Es ruin, es cierto, pero es divertido.

Durante meses Joel es esclavo de su pasado y, como una epidemia, pronto el total de primos lo hostiga con revelar su terrible secreto: dame tus papas; infla la llanta; ve por la bola; te toca ir a la tienda... Enojado, pero sin salida, Joel hace todo lo que le indican con tal de no caer en las garras de sus padres.

Al menos hasta el día en que, harto de ser el hazmerreír de sus primos desalmados, no obedece la orden que le da Carmelita.

—Joel, que vayas o le voy a decir a tus papás que dijiste a huevo, y que te la pelábamos —dice acentuando las frases. Pero esta vez Joel no se deja intimidar, permanece en silencio y, cuando Carmelita insiste, le dice, sin dejar de ver el auto que conduce a control remoto: —Me vale madre, ve y diles lo que te dé tu pinche gana.

El silencio detiene la tarde; todos se quedan congelados e incrédulos. Carmelita lo mira fijo, sin saber qué hacer; voltea a todos lados buscando apoyo y, ante el desdén de Joel, cierra los puños, aprieta los labios y da la media vuelta.

—Espérate, Carmelita —dice Luis tomándola de la mano—. Joel, tus papás se van a enojar...

Pero Joel no cede.

—Vayan y díganles, y de pasada les dicen que también ellos me la pelan... de todos modos me van a castigar.

Carmelita se encamina entonces hacia la cocina, más resuelta que nunca. Desde la sala, Joel y los demás escuchan su vocecilla que interrumpe los asuntos de los adultos.

—Tíos, el otro día, Joel dijo «a huevo», y que todos se la pelábamos.

Los adultos se callan por un instante; Joel mira hacia el suelo con un leve puchero. De pronto, alguno de los tíos se anticipa y reprende a Carmelita:

—No anden de chismosos, hija, váyanse a jugar.

Luego, desde la sala, todos reconocen la alegre voz de la mamá de Joel:

—No jodan, ¡cómo creen que me van a ganar con una tercia de jotos!

Carmelita regresa decepcionada, Rolando propone salir a juntar lilas y todos salen en amigable desorden. Joel se siente especialmente ligero, es sábado, y aunque todo fue un juego, ya está pensando cómo va a desquitarse de sus verdugos, uno por uno.

EL CONCIERTO DEL SIGLO

En su última temporada de otoño la Orquesta Sinfónica presentó en su cartel temas hechos para obras literarias contemporáneas (cosa que empezaba a ponerse muy de moda en muchos países). Sería la tercera ocasión en que tocaban este tipo de repertorio, y esta vez se trataba de algo especial, pues el autor que escribió dos de las obras más notables para las que se hizo la música iba a estar en la ciudad por aquellas fechas, así que aprovecharían para brindarle un emotivo homenaje en vivo y a todo color.

Después de la acostumbrada prueba de afinación, de las palabras del director, del autor homenajeado saludando de pie desde la primera fila y de los aplausos y ovaciones, inició el primer tema. El programa constaba de seis piezas de épocas y proyectos diversos, la última de las cuales tenía una duración de 10 minutos con 28 segundos.

Pero al director se le ocurrió la idea de sorprender al escritor y al público con variaciones e improvisaciones a partir del leitmotiv de la última pieza, para lo cual acordó previamente con los músicos que la duración y el mood de la intervención quedaban sujetas al parecer del solista en cuestión.

La sorpresa fue más allá: todas las secciones habían previsto alguna participación y la indicación era que le fuera entrando quien se sintiera inspirado. Primero se levantó el primer violín, que durante seis minutos hizo erizarse el alma del auditorio; luego se dejaron oír las potentes notas distorsionadas de una guitarra eléctrica, para

satisfacción de los escuchas; enseguida un extático duelo de saxofones; después, la angelical glosolalia de una soprano.

Los aplausos eran cada vez más enérgicos; los músicos y el director se sentían tan contentos que fueron desfilando un clarinete, un piano, un contrabajo... No se quedaron atrás ni los timbales, ni el arpa, ni el tres cubano. Algunas personas del público, pese al pudor de abandonar la sala en medio de un solo, se fueron escabullendo encorvadas, como para no molestar.

Quizás una tercera parte de los asistentes continuó, de pie o desde su asiento, aplaudiendo y clamando por más y más. Músicos e ideas sobraban, así que la larguísima variación continuó (ya no se supo si con el inicial deleite del escritor), hasta que un trabajador del teatro profanó el escenario y —abriéndose paso entre los músicos— llegó a comunicarle al director, no amablemente, que debían abandonar el recinto de inmediato, reclamándole que ya se debía estar montando el espectáculo del día siguiente.

En una pausa mínima, el director se dirigió al público y a los músicos para explicar la situación; y como si se hubieran puesto de acuerdo, público y músicos se reagruparon para continuar en el estacionamiento, donde siguieron tocando hasta el amanecer.

La mitad de la orquesta se había retirado, cansada y aburrida, pero músicos nuevos (amigos, aficionados, alumnos), fueron llegando para sumarse al embelesamiento de aquella descabellada coda. Los músicos se turnaban descansos para ir al baño o comer algo y al rato regresaban a seguir dejando la vida en su instrumento.

Al cabo de dos días, el director se rindió. Se fue sin despedirse y dejó instrucciones de que aquello debía continuar. El público, como un reptil que muda de piel, se fue reduciendo y recomponiendo luego con nueva gente que pasaba por el lugar, algunos por casualidad y otros invitados expresamente.

La música paró al crepúsculo del sexto día. El escritor ya se había ido hace mucho, y de la orquesta no quedaban sino algunos atriles. Pero las notas de los periódicos, locales y nacionales, dejaron profundamente satisfechos a los autores de la música, al escritor, al director de la orquesta y al alcalde municipal, que no presenció ni el concierto ni su larguísimo desenlace (estaba de gira de trabajo en Japón), pero que con gran entusiasmo y sinceridad comentó a los medios:

—Estamos muy contentos con el resultado. Nuestra administración ha decidido apostar a las artes y a la cultura; los ciudadanos lo merecen.

EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

Al concejo le pareció bien una estatua en pleno centro de la ciudad para inmortalizar al primer mexicano que habitaría la primera colonia de Marte. Unas semanas antes de que despegara la nave Second Set con una centena de mujeres y hombres (primus inter pares), se llevó a cabo la develación de una figura asimétrica y tosca que, eso sí, hacía algo semejante a mirar hacia el espacio con ánimo aventurero.

A un año del suceso, cuando ya nadie se acordaba ni de aquel físico sobresaliente ni de su estatua, en alguna ciudad, un inesperado personaje se presentó en el despacho del alcalde municipal. Se hacía llamar Josepe, y hacía más de 30 años que trabajaba para el humilde departamento de bomberos. Su asunto, es cierto, tomó desprevenido al mandatario.

A dos meses de su jubilación se le metió en la cabeza hacer alguna cosa por su oficio (tan poco estimado y difundido) antes de retirarse. Por eso le pedía al funcionario que tuviera a bien apoyarlo para completar la cantidad que, junto con sus propios ahorros, posibilitaría la creación de una estatua para rendir homenaje a la heroica figura del bombero. El alcalde, más que un hombre razonable un político oportunista, vio a su vez en Josepe la oportunidad de salir bien librado de su trienio con una buena obra.

Su equipo de asesores dijo que sí, que era justo, que era viable y que no representaba mayores gastos. Pero la bondad del alcalde fue más allá: no haría la típica estatua impersonal de un bombero sino que mandó hacer un molde exacto del cuerpo y la fisonomía de Josepe,

quien se llevó una grata sorpresa cuando supo que la estatua ostentaría en una placa dorada «Josepe Bombero», como un reconocimiento especial por la justa y necesaria petición.

Sin embargo, durante las semanas posteriores a la inauguración de la estatua de Josepe, y gracias a los muchos y buenos comentarios que suscitaba, la solicitud fue emulada por el departamento de recolección municipal; por los voluntarios de la cruz roja; por batallones militares y academias de policía; por catedráticos y por artistas contemporáneos. Gracias a la lógica del alcalde todos se vieron favorecidos: se les asignó un parque, una glorieta o una plaza para colocar su monumento.

El rostro de la ciudad mudó su fisonomía de forma súbita, pero el cambio fue bien recibido por sus habitantes. Las cosas empezaron a ponerse raras cuando a los anteriores monumentos se les fueron sumando comerciantes, meseros, conserjes y videntes.

Los homenajes fueron variando en forma y tamaño; pasaron de ser sólo figuras antropomorfas a figuras geométricas, animales, instrumentos o cualquier otra cosa que la imaginación de los interesados y los artistas plásticos concibiera. Fue célebre, entre otras, la escultura-monumento al urólogo.

El alcalde, que empezaba a tener sus dudas con la demanda, se relajó cuando una asociación civil lo sorprendió con la develación de su propia estatua, precisamente el día de su cumpleaños y a una semana de que abandonara el cargo. Y todavía antes de concluir su mandato se encargó de modificar las leyes y el presupuesto para que toda petición fuera atendida, evaluada y (en su caso) llevada a buen puerto.

Lejos había quedado ya la partida de la Second Set, pero si aquella centena de marcianos regresara a la Tierra, se encontraría con la sorpresa de encontrar más estatuas que árboles. Avenidas, áreas verdes, recintos culturales, techos, patios y sótanos, todo se fue

adecuando en aras de la distribución de nuevas esculturas.

El último registro a la fecha describe los pormenores de la realización de una estatua dedicada a la mujer más longeva del país (124 años), que se mandó poner, ya sin muchos aspavientos, ni discurso ni aplausos, en el área de comida de un centro comercial.

DA CAPO AL FINE

Un descarapelado barandal rojo resguarda el frente del plantel; desde lejos se puede leer en una de las paredes: «Secundaria Estatal No. 13». Apenas estacionó su automóvil, le dieron la bienvenida los gruesos vivos guinda de los uniformes escolares. Como las puertas estaban abiertas y nadie las custodiaba, Olivia caminó hacia un grupo de estudiantes que ocupaban una mesita de descanso.

—Disculpen, chicos, buenos días, ¿dónde queda la Dirección?

Después de que le mostraron hacia dónde se tenía que dirigir, atravesó la explanada del patio principal con pasos tranquilos, a pesar de que podía sentir que la miraban desde todas direcciones; hasta que al fin entró por la puerta indicada.

—Buenos días, busco al profesor Eulalio Candia.

Tres o cuatro mujeres platicaban detrás de un pequeño mueble, que servía de división entre la entrada y algunos escritorios equipados con antiguas computadoras de monitor cuadrado.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó una de ellas con poca cortesía.

—Soy Olivia Gaeta, vengo del Programa Nacional «Música para Todos».

La mujer que la había recibido levantó la bocina del teléfono, se lo puso entre la quijada y el hombro, y luego de un cuchicheo le dijo mientras colgaba la bocina:

—Mire, ahorita el direc está en una reunión. Si gusta tomar asiento...

Olivia se sentó en una de las sillas anaranjadas que estaban en hilera y, en una hora con quince minutos, tuvo tiempo de enterarse de que el esposo de una de las secretarias le había vuelto a poner los cuernos, que luego le había tenido que poner la mano encima porque no tenía que andarle revisando sus mensajes y, todavía, el muy digno la había mandado a la chingada por celosa, pero que luego le había mandado las flores que estaban sobre el escritorio, que de todos modos Humberto era en el fondo un hombre bueno, y que pues al fin y al cabo él era el papá de sus hijos, y que ya el lunes empezaba con su curso de manejo de las emociones.

A punto estaba Olivia de levantarse fingiendo una llamada, cuando por fin se abrió la puerta de la Dirección. Maestras y profesores salieron de la oficina uno tras otro, muy animados y prodigando los buenos días. El director se asomó a la puerta y llamó a su secretaria:

—Adriana, ¿viene tantito, por favor? —como en secreto, le preguntó quién lo buscaba y para qué asunto, y al ser informado, pidió que la hicieran pasar por favor.

—Con permiso —anunció Olivia al empujar la puerta, mientras el director movía hojas y carpetas de un lugar a otro del escritorio como para dar a notar que se encontraba muy atareado.

—Adelante, maestra —dijo mirándola de pies a cabeza sin disimulo—, me comentan que usted es la nueva instructora de música. Siéntese por favor, señorita, ¿en qué le puedo servir?

Olivia expuso que venía de parte del licenciado Miguel Ángel Fong, que no tenía experiencia con estudiantes de secundaria (pero que tenía toda la disposición de poner de su parte para tener un buen desempeño) y que se ponía a las enteras órdenes. El director le dijo que se veía muy chiquita, que ahí los muchachos estaban tremendos, que era muy bienvenida, porque tanta falta que le hace la música al alumnado, y que pasara con la maestra fulana; que enhorabuena y que lo que necesitara ahí estaba él para servirle.

Lo primero que hizo Olivia fue pedir que le mostraran los instrumentos con los que contaba la escuela. En la bodega encontró violines y guitarras sin cuerdas, algunos maltratados o quebrados, algunos más sin un puente o un arco... La secretaria le explicó que el anterior instructor había hecho perdidosos varios violines y un contrabajo.

Las primeras semanas, por lo tanto, se dedicó a habilitar los instrumentos. Varios de ellos necesitaron alguna reparación, pero la mayoría sólo necesitaba cuerdas nuevas y una buena limpiada, quizás algún accesorio menor. Con un pequeño apoyo de la dirección (cuyo trámite tardó tres semanas) y un tanto de su bolsa, los instrumentos quedaron listos para volver a sonar; entonces se dedicó a hacer la invitación salón por salón.

Era una clase extracurricular, y Olivia estaba en ese punto circunstancial en que era más joven que el resto de las maestras pero mayor que todas las alumnas, es decir, no sólo era la novedad, sino la excepción: todo el mundo se quiso inscribir en música. Como ella misma dijo, era novata, así que la selección de participantes le llevó un poco más tiempo del planeado.

Una vez elegidos, tomando en cuenta el derecho que tenía cada quien de intentarlo, iniciaron las clases. Y claro, sobre la marcha fue descartando a los menos hábiles para finalmente, con un grupo más bien reducido, iniciar con las notas, el pentagrama y empezar con la técnica.

Pero los alumnos se esmeraban más en declararle su amor en apasionadas cartas adolescentes y las alumnas un día mostraban el mayor interés y otro se querían morir porque las cortó el novio. Y la incipiente sospecha de que quizá algo no estaba funcionando se comenzó a apoderar de sus pensamientos.

—Así es esto —se decía, y usando el entusiasmo de su juventud, no se dejaba acobardar por las dificultades. Al llevar cierto progreso (la comprensión del tiempo, la lectura) vio cómo iba diezmando su

batallón. José Luis y Damián, a trabajo social: suspendidos por riña; que si le permiten a Jéssica para ensayar con la porra; la práctica de fut, el torneo de ajedrez, el club de ecología... Al cabo de cinco meses no tenía ni siquiera la introducción de Amor eterno.

Además, los supervisores del programa realizaban visitas cada vez más hostiles: «Ya falta poco para la presentación». «¿Qué se ha estado haciendo?». «Necesitan al menos cuatro piezas; bien ejecutadas». Intentar dar clase el sábado y que no quiera ir nadie; darse por vencida y recobrar el ánimo; enojarse y llorar y tener fe.

Ver las invitaciones de la graduación: «Participación musical: Inauguración de la Orquesta de la Secundaria Estatal No. 13». Y hacer un último ensayo, ya sin pretensiones, ni miedos, ni ansiedad.

El día señalado, los trece alumnos que sobrevivieron al azar y al impulso incontenible de la edad de la punzada se presentaron muy bien peinaditos, vestidos de negro: cinco guitarras, cinco violines y tres flautas. Todos afinados, todos listos, todos nerviosos. El aplauso para la Orquesta y luego un silencio que no se escucha en los honores a la bandera. La maestra Olivia cuenta el un, dos, tres, cuatro... y el Himno a la alegría suena en las bocinas.

No hay errores, se disipan los nervios. Suena un compás tras otro como agua que fluye o se derrama. Y la indicación de la maestra Olivia para atacar el rallentando del final con energía y firmeza. Y el aplauso, y las risas de todos: maestros, directivos, padres de familia, casi llorosos de exaltados. Y la inclinación de los músicos.

Ir sintiendo cómo todo se distiende, en una mañana calurosa a mitad de la explanada, y seguir tocando con entusiasmo y orgullo: «Jesusita en Chihuahua», «Danza húngara No. 6» y terminar con todo mundo cantando Amoor eteernooo eecinoolvídaaaaaable...

Manejando de regreso, después de, en palabras del director: «otra exitosa ceremonia de graduación», Olivia piensa que —si acaso hubo errores— nadie lo habría notado.

RETIRO ESPIRITUAL

Desde la cima del Cerro del Piloncillo, sentado en una piedra, contempla las hileras de casas, las calles que se entrecruzan como líneas dibujadas en el suelo por un dedo infantil. Lleva toda la mañana observando la ciudad que dejó hace dos meses, sin dar noticia a nadie.

Un día se le metió la idea —mientras se aburría en la normalidad de su trabajo— y no se la pudo quitar de la cabeza. Acondicionó una pequeña cueva que había encontrado por casualidad, cuya entrada pasaba desapercibida para quien no conociera el camino, y con tesón y paciencia de hormiga la fue llenando de botellitas de agua y algo de comida. Su plan era aprender a aprovechar lo que el azar de la naturaleza le proveyera y ser feliz en la solitaria comunión de una montaña con la inmensidad del cielo.

Para cuando se terminaran los suministros, que eran el único y último nexo que tenía con el mundo, ya habría tenido tiempo de recolectar frutos silvestres y aprender a cazar para mantener su despensa durante un tiempo que había previsto indefinido. Era una mezcla de odio por la frivolidad de una vida superficial y la necesidad de explorar las profundidades espirituales (que desde abajo solían parecerle tan deleitables).

Sin embargo, con tan poco qué hacer y con un paisaje de nubes y manchas urbanas que se agotó pronto (las estrellas eran la mejor parte, aunque igual las podía mirar desde la comodidad de su casa), ya tenía dos semanas empezando a aburrirse en la normalidad de su nueva vida.

Por ello, aún sin enflacar notoriamente y con una sonrisa escondida (eso sí) bajo una espesa barba sin contornos, se resolvió a emprender el camino de regreso, olvidando sus posesiones silvestres y dándole la espalda a su mediocre pasado como ermitaño.

Mientras caminaba, ni tan a prisa ni tan despacio, ya se iba saboreando unos tacos al pastor, una hamburguesa con tocino o cualquier cosa que vendieran en el primer puesto que encontrara abierto, apenas llegara a su casa y se hiciera de algún dinero.

UN DECIR

Después de una relación amorosa más bien larga (en un principio de ensueño y digna de ser registrada por la poesía) que no se libró de distanciamientos ocasionales y ofensas que nunca se olvidarían, ella decidió al fin que era mejor separarse definitivamente.

No tenía nada que ver con el amor: era la vida; los diarios deberes y quehaceres que a veces se levantan entre dos amantes como impedimentos, como murallas invencibles que terminan aplastando al Andrógino que tanto emocionó, alegró y se cuidó desde su nacimiento.

Él, al fin poeta, no entendía un mundo en el que dos amantes que se aman decidan separarse. Se enredaba en largas disertaciones sobre las razones y las culpas, y se decía a sí mismo que si fuera distinto (si ella ya no sintiera por él ese amor irrepetible y mágico, por ejemplo) podría entender, aceptar y olvidar. Pero no entendía. Al contrario, le escribía densas cartas reiterativas que, aunque pretendían ser poéticas, tal vez si él mismo las hubiera leído reprendería la prolongación innecesaria y la verborrea. Pero su juicio estaba cegado por el amor, y por el amor mismo estaba dispensado.

Ella, consciente de las reglas del juego (no amoroso, poético), resolvió decirle, con los ojos hechos una tristeza, que ojalá no tuviera que tomar esa decisión que el destino le imponía como un castigo y que hubiera querido vivir toda una vida con él, pero que la vida era como es y no como debería ser; que ese amor profundo e inalcanzable perduraría en la memoria de las nubes y las montañas, y en el vuelo

de las mariposas que flotan en la tibia marea solar de primavera. Pero (nunca faltan los ripios) que era mejor así, que lo entendiera y que fuera feliz con su recuerdo, que el día de hoy no era posible estar juntos. Quizá (lo dijo como un ángel o un profeta) mañana: «Hoy no, Javier, quizá mañana». Y eso le bastó a él para escribirle panegíricos diarios, reseñas y fantasías que prefiguraban lo que sería cuando llegara ese mañana, luminoso y perfecto, libertario.

Lo que no sabía él (tan enfermo de amar) era que las palabras operan únicamente en el presente, que son las reglas de un juego más amplio e inabarcable que el amor y que el tiempo, al que ella jugó bien. El mañana es como el horizonte: no existe. Existe la idea que tenemos de ello, lo que circunda ese espejismo que se aleja siempre, conforme a él avanzamos. No obstante, las palabras de Eva quedaron para siempre tremolando en el aire del mundo: «Hoy no; quizá mañana».

HÉROES

Frente a una casa juegan a los monitos Toño, Rafa y Joaquín; están echados en la falda de un montón de arena. En la montaña hay grandes salones y pasajes que sirven al mismo tiempo como casas y como portales para viajar en el tiempo; hay una reserva de energía espacial que protegen con su propia vida; hay un país, al norte, donde moran aquellos que carecen de cuerpo; hay una cárcel en el fondo del agua; hay un bosque terrible y un coliseo donde se enfrentan todo tipo de criaturas.

—Que yo era el mostro —dice Rafa.

—Se dice monstruo —lo corrige Joaquín con cariñosa paciencia, pero Toño interviene:

—De hecho, se dice monstruo.

—Toño — insiste Joaquín con aire de suficiencia—, acuérdate de que mi mamá es maestra de español, ¿quién va a saber más?

Y Toño, ya con las manos y la mente ocupadas en un duelo intergaláctico, dice más bien para sí, pero en voz alta:

—Qué raro; se equivocó la revista Muy interesante...

De pronto (nadie supo cómo ni por qué) surge la guerra entre las naciones que conforman el continente-montaña. Todos los países, todas las tribus y casas se ven envueltos en un conflicto que amenaza la paz general. Entonces, cada región envía a un representante a una asamblea de emergencia para proponer soluciones.

Toño, elegido por los habitantes de las tierras altas, propone que desaparezca el dinero del mundo y que se restituya el trueque

universal. Rafa, abogando por los países medios, está seguro de que suprimiendo los nombres de los países y eliminando los apellidos de las personas todos serían al fin una sola familia; por último, Joaquín, enviado por los ciudadanos de los inicios del mundo y los bosques lejanos, insiste en que nada beneficiaría más que decretar abolida la propiedad privada, para que todos posean en común el total de recursos.

Después de largos debates y contrastes de puntos de vista, la asamblea resuelve aceptar las tres cosas. Justo antes de firmar el acuerdo en la arena, la mamá de Joaquín le grita por la ventana que ya está lista la comida. Joaquín deja caer su alienígena y en unos pasos ya está muy lejos del continente; Toño y Rafa se levantan y se sacuden la ropa, también en sus casas ya deben estar sentándose a la mesa.

Los tres ignoran que han salvado al mundo.

AMORES POSIBLES

Ella estaba en la escolta y yo intentaba mis primeros poemas. No nos hablábamos, pero nos veíamos. Algo más que la solemnidad de los honores a la bandera tensaba nuestra presencia a tres o cuatro metros de distancia; nuestras miradas se encontraban de pronto a media explanada y, si ella sonreía, amanecía otra vez, amanecía más y algo en sus ojos saltaba hacia mí, tembloroso y contento.

Yo cursaba sexto de primaria, ella iba en quinto. Habíamos convivido durante dos ciclos escolares sin dirigirnos la palabra; sólo nos juntaba el tumulto de la tiendita durante el recreo, el cruce casual por los pasillos, pero no fue sino hasta el último día de clases que me animé y le escribí en un papel: «¿Quieres ser mi novia?». El diablo, la ouija, los perros de la esquina jamás me habían inspirado el terror que me dio entregar mi amor doblado en hoja de cuadrícula.

Poco antes de salir se acercó, y sin decir nada, apenas mirándome levemente, me extendió un papelito. Lo tomé como si se tratara de mi vida o mi muerte y vi cómo se alejó corriendo hacia la puerta, donde la esperaba su mamá. Recuerdo haber puesto su contestación en la bolsa de mi camisa escolar, quería abrirlo pero me resistía: temía su contenido.

Ahí iba yo caminando hacia mi destino, como un muñeco de plastilina a punto de derretirse. Por fin, llegando a mi casa, me senté en un sillón y abrí lo que sería mi gloria o mi condena: «Sí». Y entonces la felicidad del mundo cayéndome encima; y las nubes en el cielo, felicitándome; y mi madre más hermosa que nunca; y la

comida como un hábito extraño e innecesario. Luego (no lo había previsto), no supe nada de ella durante las vacaciones.

En agosto, de vuelta a clases, yo descubrí el mundo de la secundaria, y en cuanto supe que la primaria también reanudó clases, fui a visitarla (yo había quedado en el turno vespertino). Del otro lado del barandal esperé hasta ver a mi novia, favorecida por el paso del tiempo.

Le mandé hablar con un niño que jugaba cerca y en cuanto me vio vino hacia mí, con esa risa como de que algo en su interior se resolvía. Pasamos el recreo platicando de nada, mientras comíamos algunas golosinas; nuestra entrevista fue breve, pero satisfactoria.

Durante un tiempo continuamos con nuestras citas, barandal de por medio, y siempre intercambiábamos cartas. Creo que, de hecho, lo que más placer me causaba era leer sus palabras, sencillas, para nada ortográficas, llenas de corazones, caritas y flores, con pedacitos de canciones.

Nunca nos dimos un beso, ni nos tomamos de la mano, ni nos vimos en otro lugar que no fuera la escuela Benito Juárez, ella corriendo en su uniforme de sexto de primaria, yo sin caer en la cuenta de que mi mundo se quebraba como una crisálida, sin imaginarme que me debatía en la metáfora de no querer soltar la infancia que se me escapaba irremediablemente para no volver nunca.

Dejamos de vernos antes de que terminara el otoño. Yo hice amistad con alguna muchacha de la secundaria, pero jamás volví a tener aquella sensación de temor y emoción, a sentir ese amor que con mano temblorosa le escribía a Brenda que sería para siempre.

Tiempo después la vi por casualidad; supongo que también me vio, pero no nos hablamos. Parecía que lo nuestro fuera sólo posible en función de la escuela donde nos conocimos. Estaba en verdad guapa... Jamás volví a verla, pero a veces pasa marchando por la explanada, cargando la bandera, con su falda a cuadros y su risa; su risa que, si me ve, se ensancha.

LA CANCIÓN DEL REY

Aburrido de tanta payasada que le ofrecían sus bufones, de los consejos de los sabios y los astrólogos, de las zalamerías de sus limpiaculos y el desprecio de sus amantes, de los perros de caza y los jardines del palacio, la ociosa voluntad del rey recordó cierta desconsideración que un día, mientras regía con gallardía en la quietud de su trono, le espetó un músico.

Durante uno de los muchos banquetes que se ofrecieron durante la celebración por el tercer año consecutivo que el reino cumplía en completa paz (celebración que se había prolongado durante tres semanas, con eventuales siestas, eyecciones de vómito y visitas al cagadero real), el rey, animado por una embriaguez que se tornó benévola, tuvo a bien brindar por la salud y gloria de su poeta más querido, el juglar, alquimista, lector de guijarros, inventor de prodigios, vidente, dramaturgo, capitán de cocina y crítico de magia, Bernardo Patricio Odilio Cárdenas Segundo.

El monarca elogió las cualidades y el ingenio del artista, por el cual pidió votos a los presentes y a quien ofrecía, en presencia de Dios y de los hijos del reino, cualquier cosa que pidiera, posible o imposible, se tratara de títulos, riquezas, propiedades e incluso —y aquí se hizo el silencio— el derecho a desposar a la que más le apeteciera de sus hijas.

Por si fuera poco y sin percatarse de lo incómodos que se sintieron todos, juró por Dios que él, rey justo, católico y respetuoso del honor, cumpliría el deseo del artista al pie de la letra o le entregaría la corona al primero que se la reclamara.

El silencio se volvió un cuchicheo; risas y diosmíos se escuchaban aquí y allá. El poeta, con el peso de todas las miradas sobre sí y mostrando más prudencia que el rey, se apresuró a postrarse delante del desatinado regente y ofreciendo su laúd dijo mirando al suelo:

—Mi deseo es que el rey siga escuchando mi música y mi poesía mientras le satisfaga, pues es mi deleite y mi riqueza complacerlo; pido, para mi instrumento, la sola bendición de su majestad, que no tengo en estima mejor música ni mejor don que sus palabras.

El salón se inundó de aplausos y alabanzas ante tan noble acto, aunque por dentro todos se pitorreaban de lo pusilánime que había resultado el musiquillo, y es que muchos, de estar en su lugar, se hubieran conformado al menos con una criada o un caballo. El rey, enfurecido, hubiera ido personalmente a enterrarle una espada en el corazón si no fuera porque la reina, con una habilidad adquirida a fuerza de resignaciones, puso una mano sobre su hombro y le dijo al oído que el plebeyo era tan vil que ni siquiera valía la pena interrumpir el festejo, así que al rey no le quedó más remedio que bendecir el laúd y dar un largo trago de su copa dorada.

Pues de esta traición impune —decíamos— se acordó el rey esa mañana mientras regía con gallardía en la quietud de su trono, y su estómago (más que su corazón o su cerebro) ingenió pedir algo imposible a los miembros de su corte: a su músico predilecto. Pero antes de ir allá, aclaremos una cosa sobre el músico: sin entrar en controversias sobre si era más listo o imbécil, digamos que había una razón mucho menos intelectual y bastante más comprensible por su comportamiento: Adelaina.

El rey, pues, convocó a todos los músicos muy temprano y les pidió hacer una canción para celebrar los tres años sin guerra. Una canción, además, que le gustara. Todos sabían de sobra que (por el doble derecho real y divino) el rey gustaba de sentenciar a muerte a

quien no fuera capaz de cumplir con su obligación de complacerle. La cosa era muy clara: era una tarea para el poeta.

—Tienen tres días con sus noches —dijo el rey algo fastidiado y se retiró a sus aposentos.

El músico se fue también a su choza. Mandó traer a escondidas a su amada, una azafata de la reina de rústica belleza y corazón piadoso; esa noche resolvieron aprovechar el tiempo que les quedaba y no hablar del tema. Durante todo el día siguiente no le vino a la cabeza ni sílaba ni nota. Adelaina le llevó té para no dormir y lo acompañó en su estéril espera de las musas; y así continuó todo el día posterior.

Durante el tercer día, el músico se pasó la mañana pellizcando nueces y apurando uvas, echado en su cama, mirando por la ventana la inmensa cordillera nevada que circundaba el reino. A las seis de la tarde vino un mensajero: se ofrecería una cena donde podría estrenar su composición.

Sin ningún tipo de preámbulo, el rey se levantó y llamó a silencio.

—Ahora demos un aplauso a nuestro músico, a menos —agregó— que desee presentar la canción hasta el amanecer, cuando se cumpla el plazo. Una expresión de triunfo y venganza le inflamó el rostro graso.

El músico volteó a ver a Adelaina, quien, mezclada entre la concurrencia, apenas lograba contener las lágrimas. El cantor se puso de pie y avanzó al centro del salón.

—Cantaremos ahora.

Otra vez el silencio; otra vez el cuchicheo. Bernardo comprobó brevemente su afinación, hizo una reverencia hacia el público y dijo:

—Si Su Majestad lo permite, quiero que mi alumno más querido, el más dotado y talentoso de mis pupilos, me honre acompañándome.

—El rey aprobó con una expresión perezosa.

—Démosle un merecido aplauso —dijo Bernardo intercalando una brevísima pausa— ¡a Su Majestad, el rey!

Todos clavaron la mirada en el desprevenido rey, que ruñía una costilla de puerco. Antes de que pudiera reaccionar, la sala se llenó de hurras y aplausos. La reina se puso de pie y comenzó a aplaudir para animar a su señor, y de inmediato la secundaron quienes estaban en su mesa. El rey caminó hasta el poeta y le miró con profunda interrogación. —Ahora —dijo el músico— el rey nos deleitará con una exquisita improvisación en versos medidos.

Tampoco esta vez hubo tiempo de nada: el laúd empezó a sonar unos arpeggios más bien básicos y el joven músico invitó al público. —Tengan la bondad de incentivar el agudo ingenio del rey, quien, al escuchar una palabra, compondrá en el acto versos inigualables en belleza e inteligencia.

Pronto se oyeron voces: espada, jabalí, pantorrillas; Hefestos y Afrodita; resaca, pedos, tálamo; bastardos y semental cornudo... Y a todo contestaba el rey como podía, a veces saliendo apenas del apuro, otras con la torpeza de principiante. El músico caminaba de aquí para allá azuzando a los espectadores, que aplaudían y festejaban, se mofaban, rechiflaban y chillaban de risa.

Cuando terminó el último verso, aquello fue una locura de ovaciones y burlas. El rey volvió a su mesa, a un lado de la reina, y ordenó una jarra de vino; la bebió de un solo golpe mientras todos esperaban su reacción, de nuevo silenciosos.

Pero antes de que hablara, el músico tomó la palabra.

—Y bien, ¿le ha complacido al rey la composición hecha especialmente para esta ocasión? —el rey dudó un momento, llenó de nuevo su copa de vino y dijo, levantándola:

—Como siempre lo he dicho, sin duda el mejor músico, el más alto poeta de este y todos los reinos. ¡Salud!

JAQUE MATE

Antes de comenzar la batalla, el rey blanco se negó a hacer el movimiento inicial, ya que en el centro del tablero había restos de comida; por lo anterior, envió un mensaje al rey negro por medio de su caballo. Los peones negros mostraron gran hostilidad en cuanto vieron acercarse al caballo, pero este dijo: «Ruego que me permitan llegar hasta su rey, vengo a entregar un mensaje; les aseguro que el único deseo del rey blanco es reanudar la guerra».

Los peones negros, desconcertados, voltearon a ver a su rey, quien haciendo una seña apenas perceptible les indicó que podía pasar. El caballo entregó un papel doblado donde el rey blanco explicaba su descontento por batirse en duelo en un campo ofendido por las migajas del almuerzo.

El rey negro (a quien en realidad le daba igual si peleaban o no ese día) le dijo al caballo sin voltear a verlo que aceptaba su tregua, que por ese día descansaran, y que al rayar el alba enviaría dos peones a limpiar el campo de batalla con la condición de que el rey blanco también enviara a dos peones de su ejército. El caballo blanco se retiró sin decir una palabra.

Cuando pasó sobre la basura que tanto molestaba a su rey, pensó que él mismo podía limpiar en ese instante el centro del tablero, pero en el fondo sabía que era un trabajo para los peones, así que siguió hasta entregar la respuesta del rey negro.

Al día siguiente, previas banderas blancas, cuatro peones (dos de cada color), sin traspasar la línea que divide el campo de batalla,

empezaron a limpiar sin dirigirse la palabra. De pronto, el pañuelo de uno de los peones blancos cayó del lado enemigo; los peones negros se dieron cuenta, pero no hicieron nada; el peón blanco dijo entonces a uno de los peones contrarios:

—Oye, tú, levanta mi pañuelo y entrégamelo.

—¿Te refieres a mí? —contestó el interpelado. El peón blanco, confundido, movió la cabeza afirmativamente, con un gesto que reprochaba la obviedad. El peón negro avanzó hacia su enemigo, recogió el pañuelo y lo entregó diciendo, mientras clavaba sus ojos en los de su adversario— Claudio, me llamo Claudio.

Los peones blancos se voltearon a ver extrañados; la intención de Claudio era provocar una pelea, pero los peones blancos temieron la amonestación de su rey, así que uno de ellos contestó:

—Yo soy Roberto y este de aquí es Darío.

El peón negro que se había quedado al margen dijo desde su lugar:

—Yo me llamo Miguel, mucho gusto, ¿les ofrezco un vaso de vino fresco? —Luego, dulcificando falsamente la voz, agregó—: ¿O tal vez los caballeros prefieran una taza de té?

Todos volvieron a su quehacer.

Una vez que quedó limpio, los peones regresaron a sus lugares; los negros, de vuelta, reflexionaron sobre un hecho curioso: nunca habían intercambiado palabras (que no fueran groserías) con las piezas blancas, únicamente puñetazos. Ambos reyes, cansados de esa jornada, dispusieron que ese día también se descansara, y que al siguiente las tropas se alistaran para acabar con sus contrincantes.

El rey blanco ordenó el primer movimiento, que le correspondió a Darío. Luego avanzó Miguel, por parte de las piezas negras, justo enfrente de él. Así se fue llenando de peones, como siempre, el centro del tablero. Los reyes esperaban con cautela antes de ordenar un ataque más agresivo, pensando en su propio pellejo.

Después de algunas muertes inevitables, Miguel y Darío estuvieron tan cerca que tuvieron ocasión de saludarse mientras esperaban pacientes el movimiento de las demás piezas.

—¿Cómo ves la batalla? —preguntó Darío como para hacer tiempo.

—Idéntica a la última, supongo... y a todas las anteriores.

—¿Crees que demore mucho?

—Pues espero que no; hoy cumple años mi esposa, le prometí que iríamos al teatro; hoy estrenan *La coronación de la reina*.

—Ojalá que hoy no mueras —dijo Darío a manera de despedida.

Miguel respondió, más por inercia que por cortesía:

—Lo mismo te deseo.

En esa batalla murió Roberto, antes de que el rey blanco, aburrido, se rindiera e hiciera regresar a los sobrevivientes.

Durante la próxima batalla se volvieron a encontrar Miguel y Darío, y ya como quien se empieza a habituar a algo, conversaron nuevamente, esta vez por iniciativa de Miguel.

—Supe lo de Roberto.

—Cumplió con su destino.

—¿Morir defendiendo los caprichos de tu rey?

Darío no contestó, pero esa noche (se había salvado de nuevo) pensó en las palabras de Miguel.

Antes de salir a su última batalla, había logrado convencer a cuatro de sus compañeros de tropa que le ayudaran en un plan. Una vez que chocaron los dos frentes en el centro del tablero, Darío sacó una bandera blanca. Tanto los peones negros como los compañeros de Darío que no estaban enterados de sus propósitos se vieron sorprendidos por la inusual maniobra.

Darío les pidió que le permitieran decirles unas palabras; las dos líneas de peones abandonaron sus casillas y se reunieron en torno a él para escucharlo. Les dijo que nadie tenía que morir ese día, que se

abstuvieran de pelear y volvieran sanos y salvos a sus casas, con sus familias. Ni blancos ni negros daban crédito a lo que escuchaban. Los dos reyes, sin moverse de su sitio, miraban irritados por binoculares la pequeña asamblea, sin imaginarse qué diablos hacían.

Un peón blanco, de nombre Marcelo, se acercó hasta Darío y sin mediar palabra le cortó la garganta (era el peón más leal del rey), luego limpió su cuchillo con su capa blanca y gritó:

—¡Continuemos! ¿Quién sigue de mover?

Ese día vencieron los negros, pero en los campamentos, los peones comentaron lo que había sucedido en el campo de batalla.

De los dos lados, otros peones acogieron las ideas de Darío y conspiraron para llevar a cabo un plan. Al primer movimiento de la siguiente batalla todos los peones, sin esperar la orden de su respectivo rey, avanzaron al centro del tablero y se saludaron muy amistosamente, clavaron banderas blancas en el piso y sacaron sus provisiones para darse un enorme banquete, con brindis de por medio.

No fue raro que, al platicar, se reconocieran aquí o allá amigos de amigos, primos, compañeros de los años de escuela. Los reyes, rabiosos, enviaron un caballo, una torre y un alfil para que sofocaran la revuelta inédita. Pero cuando llegaban al centro, los peones (que ya se habían quitado las armaduras) les daban a escoger entre quedarse con ellos o regresar y decirle a su rey que la nueva nación libre le enviaba saludos.

Unos se iban, otros se quedaban en la nueva comunidad que empezaba a levantar campamentos y pequeños complejos de casas; otros, ateniéndose a su jerarquía, intentaban poner orden por sus propias manos y eran inmediatamente fusilados por los peones libres, que ya eran insensibles a la voluntad real.

Pero la mente del peón es difícil de modificar, y siempre hay otro peón que suple a otro peón que suplió a otro peón, así que después

de innumerables ataques, traiciones y emboscadas, la sublevación fue sofocada y la nueva nación libre suprimida. Uno por uno, los rebeldes fueron decapitados y sus cabezas colocadas en los caminos entre los dos reinos, para dar ejemplo a las nuevas generaciones.

Hasta el día de hoy, muchos siglos después, los peones más jóvenes se persignan sin saber por qué, mientras dicen supersticiosos «que la sangre que hoy corra sea sangre de Darío».

EL JARDÍN SOÑADO

Los que saben afirman que la construcción tiene entre quinientos y dos mil años. En su interior, hay un patio mediano con una fuente al centro; alrededor de ella hay árboles y flores diversas. El «jardín encantado» es visitado cada día por turistas de todo el mundo. ¿Su encanto? Todo es de piedra.

Para ser escultura, resulta demasiado real. Los pétalos y las hojas son tan delgados que no es raro que caigan al suelo; hay detalles tan bien logrados que a momentos parece que uno está dentro de una fotografía de alta definición. La maestría es innegable y el placer que produce por su belleza, indiscutible.

A la entrada, escrito en los principales idiomas del planeta, se cuenta la leyenda (que todos los habitantes del lugar conocen y repiten con gran orgullo):

Un rey antiguo (cuyo nombre ha sido olvidado a propósito), movido por su ambición de poder y grandeza, encontró la manera de entrevistarse con seres más viejos que la historia del hombre.

Entre otras cosas, logró penetrar en los misterios de los sueños como ninguna otra persona de su época, de tal modo que fue capaz de hacerse una vida en ese otro reino, en «el lugar que nos sueña». Tanto se inmiscuyó en dicho reino, y en su lógica, que terminó sintiéndose más cómodo en él que en el mundo real.

La amistad que entabló con los demonios, conseguida gracias a su sagacidad, le otorgó ser el hombre más poderoso del otro mundo,

pero no a un bajo costo: por cada logro que conseguía en sus sueños, algo en la realidad se perdía.

Lo primero que hizo fue construir un gran palacio, el cual —en sus sueños— debía ser sostenido por esclavos (sostenido literalmente con sus cuerpos). Empezó con un grupo de diez personas de la servidumbre, que pusieron las primeras piedras de lo que sería la obra más magnífica que viera jamás el país de Rbh Ereth.

Los mismos demonios eran sus constructores y le iban exigiendo cada vez más personas que pudieran soportar el peso del edificio, que siempre iba en aumento. Era fácil soñarlos y no representaba mayor problema para su hambre de poder; hasta que un día, mientras daba un paseo por la parte trasera del palacio, vio una muchedumbre aglutinada en un cuarto.

Cuando se acercó, le indicaron el motivo de su gritería y asombro: una cocinera había amanecido convertida en piedra. El rey pudo reconocer el rostro de esa mujer, que había soñado justo la noche anterior, y que había mandado en sueños a ser parte de los cimientos de su palacio.

A ese hallazgo se fueron sumando con rapidez centenas de hombres, mujeres y niños. El rey, incapaz de ceder en un punto tan avanzado, lejos de arrepentirse, se dedicó a soñar, incluso durante el día, para acelerar la culminación de la obra. Mucha gente se fue del reino, temiendo que hubiera acaecido en él una maldición.

Pronto, el rey se vio obligado a ofrendar a sus mismos amigos, a sus colaboradores más cercanos, pues una vez terminado el palacio hubo que dotarlo de servidumbre, de sabios que le aconsejaran cómo llevar su nuevo país y guerreros que lo defendieran de las tropas enemigas; asimismo hubo que traer hombres de medicina, educadores, poetas y jóvenes que aseguraran el futuro de su nobleza y su memoria.

Finalmente, soñó a su propia familia, quienes fueron desterrados a los confines del reino soñado, a petición de los demonios, para poder dar al rey una familia digna de su nueva condición. Y no se sabe cuándo, el rey ya no despertó nunca en el reino real, que se quedó vacío, pero lleno de estatuas y figuras de piedra, gente, animales, banquetes y artefactos, fogatas y arroyos que atravesaban las casas del lugar.

Con el tiempo (cuenta la historia) la ciudad de piedra se fue deteriorando, fue saqueada, quemada y destruida, hasta que no quedó sino un jardín en lo que era el centro de la casa real, donde todavía se ven incluso gotitas de rocío, insectos a punto de emprender el vuelo, arbustos que parecen movidos por el aire, el chorro de la fuente... Todo de piedra, desmoronada y descolorida, todo como si en cualquier momento fuera a despertar de su sueño.

DAR CON EL GENIO

Su obsesión por las lámparas maravillosas y por genios ansiosos de ser liberados de una prisión ridícula lo llevó a dedicar muchos años de su vida a su estudio y su búsqueda. Dueño de una considerable fortuna (cualquier otro se habría conformado con ello), sacrificó la opción de formar una familia en la que pudiera depositar su saber erudito y a la cual heredar sus bienes materiales y sus exóticas colecciones.

Por el contrario, cuando conocía a una mujer, apenas atisbaba la más mínima señal de amor o compromiso huía para siempre, sin explicaciones ni disculpas, y jamás se volvía a saber de él. De manera temprana desechó todo deseo nostálgico de criar hijos y formarlos (como si fueran barro) conforme a su voluntad y anhelo.

Así, se consagró a viajar por los más escondidos rincones del planeta, siempre siguiendo pistas más o menos de fiar, empleando, claro está, cantidades de dinero y recursos que, siempre pensando en su objetivo, valían la pena y al fin y al cabo nunca eran la gran cosa. El último rastro lo llevó a Guatemala. En un mercado de segundas, polvoso y sin chiste, dio con una tiendita de antigüedades y rarezas que atendía una mujer de hablar calmo y pausado. Cuando entró, visiblemente emocionado, ella apenas contestó su saludo.

—Busco lámparas de este tipo —le dijo a la mujer entregándole una vieja fotografía. Ella le indicó con la mano un pequeño pasillo y regresó la vista a quién sabe qué lectura. Fue repasando despacio los anaqueles, tomando de vez en cuando alguna pieza

para compararla con fotografías y bocetos llenos de notas y descripciones que llevaba consigo.

Aunque la intensidad del color y el tamaño no se correspondían del todo con las lámparas de sus fotos, una corazonada repentina le aconsejó que uno de aquellos vejestorios que tomó en sus manos era en verdad la lámpara que buscaba. Por si las dudas, cogió una canasta tejida, un pequeño tapete bordado con un paisaje de árboles y nubes, un sombrero y la lámpara. Antes de ir a pagar, caminó un poco más por los pasillos, intentando disimular la ansiedad emocionada que le causaba el hallazgo.

—¿Cuánto le pago? —la mujer echó un vistazo desinteresado.

—120 quetzales —contestó la mujer del mostrador, y él no sabía si indignarse o reírse de que, quizá por ignorancia, tuviera en tan poca estima el costo de una maravilla como esa. Pero se contuvo de decir palabra, pagó y se fue directo al aeropuerto.

En cuanto estuvo solo con su tesoro, desempacó la lámpara y siguió al pie de la letra las instrucciones recabadas a lo largo de su pesquisa. Cuando pasó un pequeño trozo de terciopelo sobre la superficie opaca, la baratija empezó a vibrar, primero apenas perceptible, luego con fuerza.

De la lámpara, salió expulsado (junto con un aroma repugnante) un ser decrepito que cayó al suelo y permaneció ahí, tosiendo y mirando a todas partes, notablemente confundido. Su anfitrión le ayudó a incorporarse y lo llevó a un sillón. Como pudo, el genio le dio a entender con señas que tenía sed, por lo que le trajo una gran jarra de agua.

Luego de una media hora, empezó a balbucear cosas incomprensibles, pero en el corazón de su libertador se empezaron a formular decenas de ideas que podría exigir. En efecto, no era como lo había soñado, pero no importaba, aquella criatura azul pálida de piel

arrugadísima pronto estaría recuperada para ponerse a sus órdenes.

Pasaron nueve días, durante los cuales el genio comió y bebió como un verdadero sultán, aunque lo que más hacía era dormir. Al fin, un día amaneció con buena pinta, y por primera vez el genio le dirigió la palabra a su amo; empezó a hablar como vendedor, apresurado y sin pausa, durante unos veinte minutos.

Por supuesto, el interlocutor no entendió nada. Y aunque probó preguntarle en español y en inglés, y buscó algunas frases en árabe, a todo contestaba el genio con la misma cara de no comprender nada. Entonces se le ocurrió grabar fragmentos de los parlamentos y le llevó la grabación a un amigo lingüista para que le diera su opinión.

Después de dos semanas, respondió el lingüista: al parecer se trataba de una variante muy antigua de árabe. Preguntó a su amigo si se podría traducir la grabación al español, y éste contestó que era prácticamente imposible, pero que, si lograran obtener pequeñas frases por escrito, quizá se podría hacer algo al respecto.

Al principio el genio no comprendió el deseo de su amo y dibujaba vastos paisajes llenos de dunas, hileras de camellos y tiendas de campaña; mas, sin desanimarse, el hombre logró que el genio escribiera algunas líneas. Llevó a su amigo dos cartulinas, cuidadosamente enrolladas, y después de veinte días recibió la respuesta por correo:

Querido amigo:

He hecho lo posible por ser pronto en escribir, pero la traducción no ha sido nada fácil; te ruego una disculpa y espero que te sea útil mi aportación.

La persona que escribió esto (¿es algún familiar?), manifiesta que no sabe quién es, cómo se llama ni de dónde viene. La mayoría del texto se constituye de frases inconexas que no tienen sentido, y que aluden reiterativamente a motivos como la arena, el tiempo y el desierto; frases que no creo que merezca la pena transcribir. He consultado

a un colega grafólogo y me ha dicho que, por los trazos, se delata un profundo desánimo que es muy común en personas que han sido desahuciadas o que han sido privadas de su libertad durante largos periodos.

Sin embargo, me temo que la posdata sí deberías saberla. El texto termina diciendo que puede sentir que le quedan pocos días de vida. No soy experto, pero te sugiero que hagas lo posible para que los pase dignamente. Lo lamento.

Ya sin mucha esperanza, se esforzó por ser lo más hospitalario posible, mientras el poco tiempo libre que le quedaba después de atender a su huésped lo dedicó a investigar de qué manera se podía regresar el genio a la lámpara.

DUDAS EXISTENCIALES I

Un día, entre semana, Dios daba una caminata por el centro de la ciudad (se había disfrazado de persona). Era una tarde cálida, llena de coches y palomas; nubes que no podían ser más blancas atravesaban el aire azul del cielo.

Con toda la eternidad a su favor, daba pasos lentos, tranquilos, con las manos enlazadas colgando por su espalda y mirando de reojo las jardineras, los edificios, las familias y los puestos de comida, como esos dueños de empresas que un día llegan de incógnitos a supervisar cómo va la cosa.

Ya que trataba de pasar desapercibido, si alguien le saludaba o preguntaba la hora, él respondía con normalidad, pero no se interesaba mucho en extender la plática; ese día no. Algo había en su mente que lo inquietaba, algo que, de unos siglos para acá, lo hacía perderse en intrincadas divagaciones sin conclusión.

Se compró un algodón de azúcar y caminó hasta las fuentes danzarinas, donde se sentó entre la gente de las gradas a ver el espectáculo de chorros de agua y haces de luces que se movían al ritmo de canciones de Juan Gabriel y Lucha Villa. Algo reconfortante había en la sencillez de sentarse a mirar la misteriosa escritura que el agua dibujaba; escritura en la que quienes miraban ni siquiera reparaban.

Con la mirada extraviada en el agua que subía y bajaba, escuchó a dos personas que discutían. Una mujer decía a su amiga:

No entiendo por qué tenemos que copiar todo a los gringos, todo el tiempo. ¿Por qué no poner un temazcal público en la plaza, o un espacio para bailar polkas?!

—Porque para empezar eres una amargada —le contestaba su acompañante—, las fuentes danzarinas son lo único que salva a este pinche rancho de seguir siendo del tercer mundo.

—De hecho, la idea es un poco más vieja —intervino Dios casi sin darse cuenta—, los sumerios ya se divertían jugando con luz y agua, y, digamos, ellos sólo sofisticaron lo que otros pueblos empezaron mucho antes.

Las chicas se voltearon a ver un poco incómodas por la confianza de la intromisión y la más extrovertida jaló a la otra diciendo:

—Vámonos, amiga. ¿Ya ves? Las fuentes salvan a la ciudad del tercer mundo, pero no a sus ciudadanos.

Como cuando bajaba a la Tierra solía desactivar su omnisciencia (por ética), le sorprendió el desplante de sus hijas, pero, «lento para la ira y grande en misericordia», no le prestó más atención y continuó mirando caer el agua. Entonces fue que, inevitablemente, se puso a pensar en ello.

Trataba de darle largas y siempre se hacía explicaciones diversas que lo alejaran de algo que temía: estaba triste. Cuando eres Dios hay ciertos lujos que no te puedes dar; tienes que ser todo orejas, todo hombro dispuesto y manos tendidas; además, le provocaba cierta vergüenza aceptarlo, como si su conciencia estuviera por encima de él y él fuera su subordinado, y su conciencia lo estuviera supervisando todo el tiempo, evaluando su desempeño y su actitud ante el todo.

Pero en el fondo (imposible engañarse solo) sabía que ciertas cosas, ciertos lugares, de repente perdían significado y por primera vez en la historia empezaban a sentirse monótonos. Su soledad llena de ángeles, por ejemplo; las iglesias y templos de la tierra, en cada

uno de los cuales estaba en ese mismo instante, escuchando paciente los miedos y las insignificancias de los fieles; viendo extrañado, sin comprender del todo, cómo la gente pobre le entregaba un diezmo que no necesitaba; hablando al corazón de todos palabras misteriosas y nuevas...

Cuando se terminó el algodón, le distrajeron los gritos de una mamá que regañaba a su hijo, un niño de cuatro o cinco años, porque se le cayó un vaso de nieve que recién le habían comprado. El niño lloraba y la madre le decía que ni modo, que para qué no lo agarró bien, que al cabo al suelo le encantaba la nieve de vainilla.

Dios pensó en hacer aparecer un nuevo vaso de nieve en las manos de la mamá, con todos los sabores del mundo, para que lo disfrutaran juntos. Una nieve (Dios cuando da, da) que, de haberla comido, ya no hubieran padecido hambre jamás, ni se enfermarían, y sus vidas serían significativamente más largas que las de sus contemporáneos; pero no le pareció apropiado, pues estaba como otro humano en la tierra; lo que sí hizo fue apuntar sus nombres en su memoria y se propuso hacer algo con ellos luego.

Se quedó mirando cómo se derretía la nieve en el suelo y cómo crecían alrededor, pese a los adoquines, hierbas y florecitas que se aferraban a ver la luz del día (que por cierto ya declinaba). Algo en esa escena proverbial le puso un ánimo nuevo, se sintió consolado y se dijo a sí mismo que, mientras siguiera creciendo la vida —las yerbitas, los niños, las estrellas— había esperanza y razón para avivar la fe.

Se levantó reconfortado y siguió caminando hacia el oeste, mientras se levantaba una luna gigante, rodeada por nubes anaranjadas, rojas y púrpuras. Esa noche no hubo ningún asesinato en la ciudad, y al día siguiente todos tuvieron comida que llevarse a la boca.

DUDAS EXISTENCIALES II

Mientras contemplaba la eclosión de las nuevas galaxias, parado en una esquina del espacio, Dios vio una que, por su diseño geométrico, le recordó cierta telaraña que logró ganarse su simpatía. No tenía nada de extraordinario, salvo el tenaz arrojito con que se aferraba a su existencia; recordarla le hizo sonreír.

La tejó una araña común, quizá poco más grande que las que se ven hoy en día, y así como sirviera de hogar, herramienta de caza, almacén de alimentos y cuna de cientos de arañitas, así mismo, junto con un sinfín de otras telarañas y según el tiempo providencial, un día llegó la hora de su desaparición.

Para ello bastaba normalmente con alguna llovizna, una limpieza doméstica, algún otro animal o una violenta corriente de aire. Sin embargo, mucho después de que quien la tejó y su numerosa descendencia perecieran, la telaraña persistía.

Dios, en plena facultad de omnipotencia, era incapaz de hacer obrar algún recurso extraordinario para borrar de la faz del universo esa geometría de hilos delgadísimos, así que solamente le echaba un ojo de vez en cuando, pero siempre continuaba en su sitio, orgullosa e intacta, después de los eventos naturales que bastaron para acabar con muchas otras (incluso la telaraña vio pasar muchas generaciones de semejantes —o semejanzas—).

Es verdad, Dios le tomó cierto cariño, por silvestre, por ínfima, por aferrada; y así la dejó estar, durante siglos, y a veces la bañaba en

rocío celestial o la prendía con fuego cenital, formando, en noches ignoradas, hermosos mandalas y flores que ardían sin quemarse.

Hasta que un día, un pasante de zoólogo, buscando diferentes tipos de arácnidos para su clasificación y registro, hurgó con una infalible rama seca cada rincón tras de la telaraña, que terminó cediendo irremediabilmente a su destino y a su naturaleza.

LA SEGUNDA BABEL

La intención del suceso de Babel, al menos la idea que Dios tenía, era sencillamente de división, de divergencia entre sus hijos, altivos y con un deseo insaciable. De alguna manera irónica, el castigo que Dios ideó para su estirpe, pequeños pero con avidez de altura, acabó siendo un bello regalo para la humanidad, pues la segmentación generó tribus que luego fundaron naciones, las cuales a su vez dieron a luz culturas y costumbres que complementan y enriquecen al mundo.

Pero, como la relación entre Dios y la humanidad constituye un vaivén entre el amor y el odio, entre el abandono y la promesa, y — al fin — entre la edificación y la ruina, viendo Dios en lo que había degenerado la confusión de lenguas y lo mucho que los humanos se las habían arreglado para liberarse de los impedimentos de las lenguas extranjeras (estudiándolas, aprendiéndolas, enseñándolas), se propuso hacer algo al respecto.

De entre todas las palabras que le causaban cierta comezón, «políglota» era una de las más incisivas, por eso, un viernes cualquiera, como a eso de las cuatro de la mañana, Dios hizo que la voz humana (independientemente del idioma) se confundiera con todo tipo de ruidos y sonidos, se tratara de animales, objetos o efectos provocados por la naturaleza.

Al principio, es verdad, era de lo más gracioso querer dar los buenos días o entonar una canción debajo de la regadera, y en vez de eso escuchar el canto de un gallo, un mugido, el minúsculo silbido

de un tren o la pequeña explosión causada por una rana en la quieta superficie de un estanque.

¿Será necesario ilustrar con ejemplos la loca imaginación que conjugaron la naturaleza, la tecnología y las emociones humanas? Nada, absolutamente, quedó fuera de esta segunda Babel: ballenas, topos, murciélagos, radiotransmisores, goteras, la música de las esferas y, por primera vez, la hasta entonces oculta lengua de los ángeles.

Esta vez fue mucho más difícil, como se podrá comprender, reunirse con sus pares lingüísticos, y definitivamente más frustrante e inesperado, pues para entonces la idea de Dios se había reducido a los templos, las gracias por los alimentos y unas vagas palabras en los sepelios. Lo más conmovedor, quizás, es que para Dios se trató de un escarmiento, pues en su inmensa bondad, él estaba seguro de que antes de eso las personas del mundo se podían comunicar entre sí y, aún más, entender.

DÍA DE SUERTE

Sentados en una banqueta, a un costado de la Catedral, dos ángeles discuten sobre el destino de un indigente que se ha pasado toda la mañana calentándose al sol. Tiene hambre, pero le da igual desayunar a mediodía o hasta pasado mañana (acostumbrado como está a comer lo que le caiga).

El indigente debe morir hoy, antes de que aparezca en el cielo la primera estrella de Lucifer; el dilema es cómo. Uno de ellos, acostumbrado más bien a escenas aparatosas y algo rebuscadas, ha propuesto provocar un incidente donde el vagabundo (que en este instante se está rascando los testículos como si no estuviera condenado a morir) termine apuñalado; o que reciba un golpe letal (de preferencia que le reviente la cabeza).

El otro, de carácter más blando, intenta persuadirlo de que le hagan caer en un sueño profundo, sin pesadillas ni temblores, ni ruidos, sólo un último sueño tibio e ignorado. En ese futuro probable, el cuerpo de un hombre sin edad, sin nombre ni familia será como otra bolsa de basura en la que nadie repara hasta que su pestilencia (ahora más repulsiva que la basura misma) les haga a los peatones taparse la nariz y los obligue a hacer un pequeño rodeo.

Cualquiera diría que son bastante humanos para ser ángeles, pero no son buenos ni malos, son solamente ángeles (y están haciendo su chamba). En una lengua que suena como a muchas cascadas, o como al rumor furioso de un bosque que se incendia, disienten y

argumentan mientras echan un ojo a sus relojes: no es a la única cosa a la que vinieron al centro.

El ángel creativo, disgustado por no llegar a un arreglo, saca una daga celestial y se abalanza sobre el cuello del desdichado holgazán. Su colega interviene y alcanza a embestirlo para desviar la trayectoria del arma resplandeciente. Enfurecido, se levanta del suelo y se lanza a los puños sobre su compañero; ambos se propinan patadas, cabezazos y miradas que parecen la ira de Dios. Por el corredor, entre la gente que disfruta quién sabe qué bienestar matinal, pasa de pronto un desquiciado torbellino que pone la piel de gallina.

Con la ropa manchada de polvo mundanal, los ángeles escuchan de pronto sobre sus cabezas el gran trueno que es la voz de un ángel superior (los mortales también escuchan algo, pero no saben precisar). El tercer ángel les ordena parar: se encargará él mismo; sus subordinados obedecen en el acto.

El indigente, que ahora puede ver a los dos ángeles que se acomodan las alas y recuperan su semblante inexpresivo, ve también cómo desciende el tercer ángel y se encamina hacia él. Al advertir en su mirada un abismo terrible, entiende que viene por él, que le llegó la hora; de un brinco se pone en pie y empieza a correr como alma que lleva el diablo.

Su objetivo es llegar hasta el borde del puente y dejarse caer de cabeza, pero antes de que llegue, los que lo miran correr son testigos de cómo un automóvil que se cruzó en rojo lo atropella irremediablemente. Los ángeles, la gente que mira, los conductores continúan su camino. En el pavimento, todavía echando una última mirada a un Kentucky Fried Chicken, está siendo rescatado del mundo el indigente.

MALFARIO

Dios sabe por qué, una noche cerrada de septiembre nació en El Cigarral un niño destinado a tener la peor suerte de la historia. Producto de los muchos saqueos que padeció el pueblo durante la guerra, su madre, una joven mujer que de pronto se vio huérfana y preñada, apenas lo dio a luz lo abandonó a su suerte en la primera esquina que pudo. Los vecinos que lo encontraron decidieron entregarlo a los Hermanos de San Genaro, que vivían en una finca construida a un lado de la iglesia. Los hombres y mujeres que ahí habitaban decidieron recibirlo y criarlo en las bondades y exigencias del Señor.

Uno o dos días antes del hallazgo había muerto el hermano Mario, hombre justo y alegre, bien querido por sus hermanos de religión y por el pueblo en general. No se hizo esperar mucho la propuesta para que (al fin todo es parte de un plan divino) el recién llegado fuera bautizado con su nombre.

El hermano Manuel y el hermano Servando se encargaron de llevarlo a registrar. Durante el registro, algo ocurrió que a la larga sería atribuido a un error del escribiente: en su acta de nacimiento se escribió: «Fario Segundo del Portal». De ahí que, en lo sucesivo, fieles y laicos se dirigieran a él como Malfario, y ya veremos cómo se ganaba su nombre a pulso.

Como si se tratara de una diablura, resultó ser zurdo, cosa que no les hizo gracia a sus muchos tutores, quienes durante las enseñanzas

le amarraban el brazo izquierdo a un banco, por lo que aprendió a escribir tan bien como un niño de seis años; tartamudeaba y usaba unos horribles lentes gruesos.

Eso es en cuanto a lo que podía verificarse de manera evidente; es decir, en su oscuro destino operaban influjos que nadie estaría en desacuerdo si se catalogaran como maldiciones. Por supuesto, de esto no supo nadie, salvo aquellos a quienes está reservado el redactar los destinos de las personas.

Por ejemplo, absolutamente todo aquello bueno que se imaginara (encontrarse dinero, ganar un concurso, darle un beso a una chica que le gustara) al instante se tornaba imposible, y así se consignaba en el libro de su destino. O aquella cosa de que todo lo que le fuera regalado, por más que lo cuidara, se lo robaran o terminara extraviado.

A pesar de todo, a Malfario (como finalmente aceptó que le llamasen) le gustaba su vida. Muy seguido le pasaban cosas extraordinarias, cosas fabulosas. Como aquella vez que se incendió el monasterio y se le ocurrió agujerar las tuberías de agua que pasaban entre las paredes y el techo, logrando sofocar las llamas, que de otro modo, hubieran acabado con todo.

También era común que le tocara presenciar cosas que nadie más veía; de hecho, parte de su destino era que todo lo maravilloso que le pasara, ni nadie más lo viera, ni nadie lo creyera. Así fue como se tuvo que acostumbrar a no contar historias como aquella vez que le salió al encuentro un enorme dragón de ojos color de brasas y colmillos filosos (iba a buscar raíces a las montañas) y logró escabullirse por los angostos túneles y pasajes que conocía.

O cuando salvó a una niña que nadaba en el río y que se vio arrastrada por una crecida repentina, usando las ramas de los pequeños árboles que crecían bajo el agua y en los que pasaba tanto

tiempo buscando peces (jamás volvió a ver a la chica). En otra ocasión tuvo que convencer a un gigante hambriento (que habría llegado al pueblo en tres pasos) de que los habitantes tenían muy mal sabor.

—¡Sólo papas podridas, gallinas y pescados descompuestos... Ah, y cereal rancio. ¡Sólo eso se come en esa pocilga de bribones! Y si no me crees puedes comerme a mí —le dijo a punto de hacerse pipí del miedo— pero no respondo si te suelto el estómago.

En fin, estas y otras historias que jamás sabremos le ocurrían a Malfario; pero ya desde joven se acostumbró a ser nomás el gato negro, el ave de mal agüero, la mascota del diablo y otras linduras que le decían en la calle. A todo esto, después del incendio, y muy a pesar del corazón piadoso de los religiosos, se vieron obligados a echarlo de ese santo recinto, morada y oficina del Creador.

Malfario fue a vivir a las montañas, donde sus aventuras se multiplicaron, y ahí vivió sin rencor y sin desear más cosas de las que tenía: una cueva, un sartén de cobre, un sombrero de paja y una capa que no se quitaba ni para dormir. Sólo lamentaba que los ratones, los conejos, las víboras y los pájaros no hablaran.

—¡Cuánto conversaríamos! —se decía.

Todavía más extraño nos parecerá que a su muerte, el mismísimo Dios en persona lo recibió y le pidió una disculpa por todas las calamidades que tuvo que pasar. Le explicó que aquello se debía a un escritor de vidas que no estaba contento ni con su trabajo ni con su salario, y se puso a escribir —¡malhaya!— la vida de al menos 2,832 personas con las patas (así lo dijo Dios).

Además de la disculpa y de llevarlo a ver el castigo del escritor malintencionado (que por cada historia que escribió con mala saña tenía que escribir una novela fantástica de 12 volúmenes y 22 capítulos cada uno), Dios le ofreció a Malfario entre trabajar para él como escritor, donde podría escribir las vidas de muchas personas tal

como las imaginara (incluyendo alguna que otra travesura) o volver a nacer en la Tierra, ahora con una historia escrita nada menos que por la mano de Dios.

No sabemos por qué (y para ser sinceros Dios fue el más sorprendido), Malfario contestó que prefería la opción de volver a nacer en la Tierra, pero con una condición:

—¡Que no se cambie una sola línea!

A DIOS NO LE GUSTA EL FUTBOL

—Si gana México les doy el doble de domingo durante las vacaciones —les dijo Lalo a sus tres hijos mientras sonaba el himno nacional.

—¿Y si pierde? —preguntó Iván. Y no sabemos si por una secreta simpatía por la selección de Corea del Sur o nada más por joder, el padre contesta muy quitado de la pena—: Se suspende el domingo. Era la etapa de Iván en que el futbol ocupaba sus horas y sus aspiraciones. En rápido consenso, los tres aceptaron la apuesta.

La cosa se veía fácil, pero para la mitad del primer tiempo la selección mexicana ya iba perdiendo dos a cero; y apenas iniciada la segunda parte, Corea metió el tercero. Iván, al verse acorralado por once jugadores con ambos pies izquierdos y por la risa burlona de su papá, recurrió a la única estrategia que le quedaba: empezó a rezar.

Conocedor forzado de los misterios y las costumbres de la fe (y como si bastara un parpadeo para entablar algo similar a una llamada telefónica), Iván empezó a decir dentro de sí:

—Señor, sé que tú eres todopoderoso, que una hoja no se cae de un árbol sin tu consentimiento... Sé que no soy digno de que entres a mi casa y que hay muchas cosas que no te gustan de mí... pero sé que conoces mi corazón, Señor, y que para ti no hay imposibles. — En la pantalla los jugadores mexicanos no le atinaban a la portería enemiga—. Señor, te pido en el nombre de tu hijo Jesús, que socorras a nuestra selección, que no dejes que los chinos se salgan con la suya y se pierdan las ilusiones de tantos mexicanos... Diosito —continuó

Iván— no vayas a creer que se trata del dinero, sólo es que creo que mis hermanos no merecen quedarse sin domingo... pero te lo pido humildemente... Pongo el resultado en tus manos, Padre, y acepto tu voluntad, sea cual sea. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo...

Y a punto estaba de decir amén, cuando se escuchó la voz del comentarista:

—...Puede ser el cuarto, puede ser el cuarto... Nos hicieron el cuarto —dijo decepcionado antes de que Iván terminara su oración.

El padre festejó como loco, y más que el marcador, dolía tener que compartir el mismo techo con un traidor. Iván, con la fe más bien disminuida, le dijo a Dios que, si pensaba hacer algo, debía ser en ese preciso instante. Pero parece que a Dios no le apuraba contestar, y ahora, además de tener pies izquierdos, los jugadores mexicanos parecían los más tristes de la historia.

Durante los últimos cinco minutos, y al ser evidente que a Dios le tenía muy sin cuidado el marcador, Iván, indignado y furioso, tomó de nuevo la palabra en su espíritu y comenzó a elevar su voz contra el Señor, reclamándole que no era la gran cosa, que nunca le pedía nada y que no sabía para qué chingados iba al catecismo.

Mientras seguía despotricando en silencio, salió de la casa sin esperar el silbatazo, con los ojos llorosos y las manos en puños.

Ya por la tarde de ese mismo día, tirado en el sillón, Iván veía un documental sobre profecías y videntes; del otro lado del mundo, un tipo de nombre muy raro había sorprendido a todo el planeta por la «diabólica exactitud de sus predicciones», que se pudieron ir verificando al paso del tiempo de manera innegable. Lo que no se esperaba Iván, que se estaba comiendo unas papas con salsa valentina, era que, según este árabe, el fin del mundo tendría lugar ese mismo año.

De madrugada, sin poder dormir y reflexionando sobre lo misteriosa que es la vida, Iván pensaba que era una lástima morir tan joven, sin haber conocido el amor de una mujer, la gloria de meter un gol en el estadio Azteca o vivir para ver el día en que se descubriera una alternativa para las inyecciones; pero, sobre todo, no dejaba de preguntarse «¿por qué, señor profeta?, ¿por qué tuvo que hacer su predicción para este año?».

Casi sin darse cuenta, cuando menos pensó, ya estaba llamando otra vez a Dios:

—Dios, padre misericordioso, te ruego que perdones mis faltas, y que aceptes esta oración mía... Me comunico contigo para pedirte que...

UN SECRETO MUY CONOCIDO

Esta era una mujer que no creía en la suerte. Muchos libros había leído y en muchos cursos había estado, donde le habían enseñado muy bien que nuestra mente (portento cósmico cuyo potencial apenas atisbamos) era capaz de afectar para bien o para mal todos y cada uno de los eventos que acontecerán en nuestra vida.

Así, según su aprendizaje, si nuestro espíritu se levanta un día (con nosotros a cuestas) y, por ejemplo, se deja distraer porque no hubo agua para bañarnos o porque el tráfico está más lento que nunca, lo más lógico es que atraigamos las malas vibras y tengamos un día sumamente asqueroso.

Sin embargo, si nuestro ánimo no se deja persuadir tan fácilmente por esos pequeños demonios que siempre están viendo cómo nos joden la jornada, y somos positivos, y declaramos que todo lo que anhelamos lo tenemos, y que todo saldrá como lo hemos pensado (no porque lo merezcamos, o porque lo arrebatemos, sino porque así lo decidimos), tendremos al universo de nuestro lado, hecho un oído inmenso siempre listo a escuchar nuestras órdenes para cumplirlas antes de que terminemos de pronunciarlas.

Así pensaba nuestra protagonista que no creía en la suerte, e iba por la vida con la actitud de quien no vive en el mundo, sino en lo que sería, tal vez, el mundo. Por eso siempre iba desdeñando y compadeciendo a quienes, aunque bienintencionados, le deseaban suerte en su diario, en sus negocios, en sus lances amorosos y (¿por qué no?) hasta en alguna que otra chapuza para lograr esto o aquello.

—Pobrecitos —pensaba— si tan sólo abrieran sus ojos y sus brazos a este simple secreto, a esta llave poderosa que está al alcance de todos quienes quieran tomarla. Pero casi siempre contestaba cosas como «éxito, querida, la suerte es para los mediocres».

Desde luego, no siempre le funcionaba su método metafísico.

Como aquella ocasión en que un amigo de una oficina de gobierno le dijo que metiera un proyecto a una convocatoria cultural. («Lo que sea, unos talleres o algo, yo me encargo de que se te apruebe», le había dicho). Y ella, muy dispuesta a aceptar los dones que el universo le pusiera en las manos, fue por un formulario.

El empleado que la atendió lo hizo de pésima gana; y para ella, nada tenía que ver con que él supiera que su proyecto iba a ser aprobado sólo por ser amiga de un funcionario que ni siquiera se presentaba a la oficina; no, era evidente que el empleaducho, ignorante y envidioso (¡a él qué chingados le importaba!), era un resentido con el mundo y a todas luces se veía que le hacía falta una novia.

El caso es que el empleado le deseó suerte, y ella, por supuesto, ni siquiera contestó, pero pensó que la suerte era para los jodidos y que su proyecto estaba avalado no por su amigo, sino por el mismísimo universo.

Salió de aquel lugar casi flotando; quien la vio podría jurar que los árboles se inclinaban a su paso en graciosas reverencias y que una comitiva de guardias de seguridad la custodiaron hasta su coche, no fuera a ser que la cagara un pájaro o que un irreverente vendedor de mazapanes se le acercara.

Cuando se llegó el día, entró a la oficina y sin saludar entregó su propuesta (más bien escueta) en un sobre tamaño carta al mismo empleado, quien no supo si burlarse con evidente saña o sentir un poco de lástima por semejante princesa que a ratos parecía que se desvanecía de candor: la recepción de proyectos había cerrado el día anterior.

Apenas se lo hicieron saber, ella le marcó indignadísima, aunque confiada, a su querido amigo. Él ni se inmutó:

—Preciosa, te dije que el último día era el veinticinco; ya no puedo hacer nada, hoy se entregaron las propuestas al director... Mensa, tu proyecto ya estaba dentro, ¡nomás tenías que entregarlo!

Y en efecto, ya estaba dentro. Y en efecto, ni el empleaducho, ni el amigo, ni el universo (mira qué cosa) pudieron hacer nada al respecto.

OFICIO EN EXTINCIÓN

Este no es un buen tiempo para ser amigo imaginario. Niñas y niños (y adultos que en su infancia se beneficiaron de nuestra incondicional compañía) están demasiado distraídos con sus dispositivos y difícilmente sé competir con el repertorio infinito de una pantalla.

Lejos quedaron aquellos días en que un amigo imaginario era lo mejor que le podía pasar a un niño tristón, a un huérfano o a un hijo único; todavía recuerdo más de un caso en que algunas visitas ocasionales se convertían en una amistad imaginaria de toda la vida.

Ahora, pese al esfuerzo de la Oficina de la Imaginación Universal, en donde todo el tiempo están ideando atracciones y novedades, nuestras visitas pasan cada vez más desapercibidas. Aunque esta situación en realidad es vieja, no me acostumbro a mi permanente condición de desuso; ni siquiera podemos hablar de desdén: nuestros esfuerzos han pasado a ser parte de una invisibilidad que lastima.

Por otro lado, no podemos culpar a las nuevas generaciones; supongo que, como pasó en su momento con los fantasmas y con los escritores de pesadillas, los amigos imaginarios nos tendremos que enfrentar, tarde o temprano, a nuestra eventual desaparición.

Yo tengo ciento veinte años de servicio, mi jubilación (aunque no es algo que me entusiasme del todo) está más próxima que lejana; lo lamento por quienes recién empiezan en este oficio que alguna vez fue maravilloso, y que cada vez está más cerca de volverse un recuerdo, un apunte clínico, un chisme... Igual que los vampiros, igual que las brujas y sus encantamientos.

UNA DEL MONTONCITO

Cuando dejó de ser la minúscula porción de un árbol y vio la totalidad de su masa transformada en una delgada hoja de papel bond, supo de inmediato lo que quería ser: el lecho de un poema, así le gustaba pensarlo. Se refería a que dentro de sí sabía que estaba ligada a un propósito irrevocable: su extensión contendría la belleza sonora y vivificante de un poema escrito. Así lo intuía, así lo decretaba.

En su tiempo de almacenaje, que no fue poco, lamentó los destinos de prójimos suyos: supo que algunos terminarían tarde o temprano llenos de mocos o excremento, mientras otros serían mutilados en partes desiguales para escribir (con graña espantosa) teléfonos, groserías o garabatos sin otro sentido aparte de comprobar que una pluma sirviera.

La vida no era justa, así que cada uno debía aceptar su destino y darle cumplimiento con amor y orgullo. Por lo tanto, no se dejaba conmovir demasiado por las tragedias de los demás.

Claro que en el fondo sabía que ella misma habría podido ser una colorida cubierta de revista o dos páginas de un libro decente; pero eran tales su carácter y su alma que aceptaba de buen grado si, el día de mañana, formara parte de un folleto estudiantil engargolado, o terminara siendo el regazo de un dibujo preescolar. Llegaría a su destino —pensaba— con entereza y disposición.

Así fue que, cuando llegó dentro de un paquete de 500 hojas tamaño carta hasta el escritorio de una oficina, aguardó que llegara su hora. Muchos días pasó ofendida por el peso de quienes estaban arriba de

ella, gentuza que no tenía otra ambición más que salir del paquete; hojas que se pasaban las noches y las mañanas sin imaginar siquiera el exterior de su contenedor.

Pasaron semanas y meses, pero (no hay fecha que no se llegue ni plazo que no se cumpla) un mediodía de sábado sintió por fin las manos anheladas que apretaban una de sus esquinas al sacarla del bonche.

Al despedirse de sus compañeros, en sus adentros se sentía dichosa por abandonar ese cuchitril lleno de mediocres y conformistas. En esos y otros pensamientos que la llenaban de júbilo se entretenía, cuando las manos, sin la menor ceremonia, la doblaron sobre sí misma y empezaron a romperla en delgadas tiras; con un terror mudo vio cómo cada tira, echa bolita, era metida en la boca de su asesino, para luego lanzarla a otros seres humanos soñolientos a través de una pluma despojada del cartucho de tinta.

Cuando alguna bolita de papel acertaba en su objetivo, todos, sin excepción, se la quitaban con asco, y (en el mejor de los casos) la echaban sin mirarla al bote de basura.

EL ESPEJO ECUMÉNICO

Cuando se creó el mundo, sus creadores contemplaron con gran satisfacción la magnífica obra que habían concebido para ser habitada y, tanto les complació la perfección de las primeras criaturas humanas, que de inmediato dispusieron que se reprodujeran y multiplicaran, enalteciendo la excelencia de su maestría creadora.

Pronto (en su percepción del tiempo) algo pasó que no habían previsto: sus hijos se multiplicaron de tal modo que el mundo empezó a quedar muy chico, y en algún momento se vieron en la necesidad logística de marcar a sus primogénitos con el signo de la finitud: inventaron la muerte.

Mucho discutieron sobre la cantidad de días y años que deberían permanecer vivos sus hijos, siempre a favor de mantener a raya la sobrepoblación, lamentando profundamente que, aunque por su bien y necesariamente, estaban otorgando la primera maldad a su descendencia.

Pero nacían muchas más personas de las que iban muriendo (tanto les gustó desde entonces a los seres humanos cumplir con devoción la voluntad de sus creadores), pues no existían aún las enfermedades y una vida bien comida y descansada producía hombres y mujeres en exceso longevos, por lo que, después de pensarlo un poco, los dioses instituyeron la cadena alimenticia (en la que los humanos estuvieron en un inicio a la mitad).

Asimismo, introdujeron en el mundo la propiedad privada, porque, pensándolo bien, tampoco estaría mal que un par de eventos aislados,

derivados de querellas y envidias, cobrara de vez en cuando una que otra vida.

Pero resulta que sus hijos, en coherencia estupenda con la imagen y semejanza de sus progenitores, nacían con una inclinación natural (entiéndase divina) a la empatía y compasión por sus prójimos, y rechazaban —al fin fácil, al fin fea, al fin de mal gusto— toda manifestación de violencia.

No sin sentir un poco de frustración y malestar, los creadores decidieron que ya que no podían extirparles ese amor infinito y perfecto (pues era como cercenarse ellos mismos). Tendrían que dividirlos. Así surgieron las lenguas y con ellas los países, las banderas... las guerras.

Desde todos los puntos del universo, los dioses fueron espectadores del devenir de su creación: habían puesto en los animales y en los humanos cosas buenas y malas, y vieron que era bueno.

Finalmente, sopesando las idas y venidas, se apoderó de ellos un amargo resentimiento, pues sentían que era más grande el mal hecho que el bien otorgado. Sobre todo, el tema de la muerte los hundía en siglos de desasosiego y melancolía, por lo que se les ocurrió entregar a los mortales un regalo mayor, una dádiva buena que fuera inversamente proporcional a la condena de tener que abandonar el paraíso, para ellos creado y para ellos negado.

Con cariño y paciencia forjaron un espejo. En él se podían ver todas las cosas del universo; los sueños de los dioses; el tiempo, el misterio de la vida y la muerte; el amor y la magnificencia de la obra divina. El espejo era omnipresente; estuvo desde entonces en la profundidad de la noche, en el interior de las cuevas, en los muros de las ciudades y la arcilla, en los papiros y en los libros. Y en él cabía todo y todo permaneció en él, por los siglos de los siglos.

POSDATA DEL FUTURO

Será porque las noticias de los periódicos siempre son las mismas, como si sólo se cambiara la fecha, y los nombres de los implicados fueran únicamente una variación vaga de una historia que a diario se repite, que no acostumbro leerlos; pero se trata de algo más que tedio lo que me hace evitarlos: son una repugnancia y una impotencia que, si me descuido, seguido degeneran en desencanto o hasta en depresión.

Sin embargo, aquí estoy, obsesionada con un caso —por lo menos curioso— que ha mantenido a todo el mundo pendiente de su desarrollo y, acaso, esperando que no aparezcan de pronto pruebas y testimonios que echen por tierra su veracidad y revelen una infame colusión de medios informativos para captar narratarios y audiencia.

El suceso se puede abreviar de manera muy simple: el lunes 10 de agosto amaneció un graffiti en una de las paredes del canal de drenaje que atraviesa la ciudad; no obstante, el hecho —por demás común y trivial— cobró relevancia por un par de consideraciones.

Primero que nada, era por mucho el más grande que se haya visto: sus dimensiones superlativas (la pinta consiste en una frase) ocupaban todo el alto de la superficie y su longitud rebasaba los 20 metros; la cantidad de pintura utilizada y el hecho de que apareciera de un día para otro descarta, por la organización y el trabajo que implica, que tengan algo que ver grupos o individuos que suelen pintar paredes y edificios como manifestación artística, como protesta o como simple vandalismo. Esto último se refuerza porque el graffiti no alude a

ningún barrio, grupo o pandilla, ni se consigna en él un solo nombre, alias o apodo.

Por otro lado, la peculiar frase no es, a todas luces, sino la línea final con que cierra el contenido de los manuscritos hallados en una libreta tipo escolar encontrada en el lugar de los hechos, que se encuentra resguardada como evidencia junto con algunas latas de pintura y una especie de chip blando de unos 3x2 centímetros cuya naturaleza no se ha precisado.

No haré, por lo tanto, una exposición cronológica, pues no nos daría la perspectiva amplia que necesitamos. En cambio, he invertido el orden en que se fueron publicando las noticias, porque creo que ayuda a comprender mejor el mensaje; tampoco transcribiré aquí los textos tal como aparecen en los distintos medios, sino que ofreceré un resumen libre con la certeza absoluta de no falsear la información, porque, de todos modos, tanto lo sucedido como sus pormenores fueron sabidos desde el principio por todo el mundo.

De la libreta de notas

Los diferentes medios publicaron el contenido de los manuscritos de forma diferida bajo el título de serie «Noticias del futuro», mismos que reproducimos de un tirón a continuación. Según se informó en los periódicos, la libreta no contaba con nombre de propietario y las entradas no llevaban fecha ni firma.

Segunda sangre

Cuando se aprobó la ley, no faltaron indignados, rebeldes e insatisfechos que se pronunciaron en agresivas manifestaciones donde exigían libertad y respeto para lo más humano que quedaba en el mundo: el derecho al amor.

En un planeta que estaba a punto de erradicar el hambre y las enfermedades, donde no existían ya ni el dinero ni los países, un tema

se rezagó de forma indeseable: con el matrimonio reducido a una curiosidad histórica (tema de religiosos y antropólogos) y las fronteras de las preferencias sexuales disueltas, se seguía discutiendo sobre fidelidad y poliamor; sobre civilidad y naturaleza humana.

Unos defendían a ultranza los «valores humanos», mientras para otros el amor ni siquiera era algo que tuviera que ver con la elección; como siempre, hubo extremistas en los dos polos y en ambos lados se esgrimían argumentos apasionados e inflexibles.

Luego de una votación extraordinaria, ganó, en realidad por poco, la defensa por la monogamia y la libertad del estado para regular y vigilar las relaciones interpersonales. Por ello se aprobó, entre otras cosas, inocular a los ciudadanos desde su nacimiento para un control eficaz de las interacciones sociales.

De manera aleatoria, se asignó a cada ciudadano una combinación química específica que reaccionaba a los tipos de combinaciones de otras personas. Al entrar en contacto físico, se activaba el tipo de lo que se conoció como «segunda sangre», entonces se volvía una cuestión de compatibilidad química: los compuestos se reconocían, aceptándose, o se rechazaban.

Cuando dos personas se rechazan, tiene lugar un malestar, reflejo que sirve como alerta de prevención, y a quienes les sucede saben que no son el uno para el otro. Si pese al sentido común y el instinto de supervivencia insisten, su cuerpo entra en shock y, dependiendo de sus tipos de sangre, pueden experimentar los síntomas de una enfermedad (ya disponibles únicamente en laboratorios) o sencillamente morir en el intento.

Los conservadores sostuvieron que dicho sistema es favorable por donde se le mire, pues (más allá de la fidelidad) disminuyeron

drásticamente las agresiones sexuales, los embarazos no deseados y la violencia física en términos generales.

Aun con todo, los amantes no son fáciles de doblegar y no fueron raros los casos de quienes pasaron a la historia por su heroica osadía de amarse contra todo, aunque, literalmente, la vida les fuera en ello. Otros, menos arriesgados, se resignaban a consagrarse a un amor espiritual, en un amor cósmico, que disputaban en el romántico e inofensivo ámbito epistolar, donde, de lejos, iban y venían mensajes apasionados, locos, incontenibles, en papeles perfumados de esencias entrañables, firmados por la mano temblorosa de una enteleguía.

Dieta convenida

Después de verse forzados a la ingesta concreta de insectos (luego de un largo periodo de vegetarianismo), los seres humanos tuvieron que dejar a un lado el asco y la moral (eran tantos y había tan pocas reservas alimenticias) para empezar a comerse a sí mismos.

Del mismo modo que en algún momento de la historia se popularizó la campaña de concientización para que, antes de morir, las personas, en pleno uso de facultades, dieran permiso para que sus órganos fueran donados para trasplantes, se logró convencer a la gente para que contribuyeran a contrarrestar la hambruna mundial, ofrendándose como alimento.

Sin importar la edad de los fallecidos, en lugar de incinerarlos o enterrarlos bajo zonas de árboles (ya habían quedado atrás los ataúdes y las urnas), eran inmediatamente procesados para su conservación, que incluía la deshidratación, el vacío, las bajas temperaturas, la mineralización, los concentrados solubles y el almacenamiento en la Reserva Universal de Alimentos.

Lejos ya de la idea del canibalismo, y ya con la cadena alimenticia rota, los seres humanos aprendieron a ser autosustentables.

Monocromía

Si algo perduró en el mundo fue la publicidad; una publicidad que prometía mucho cuando empezó a rozar el ámbito de la literatura, el cine o la nueva magia, pero que terminó tomando el camino estrecho e impasible del comercio en sus más vulgares posibilidades.

Una vez que la publicidad comercial estuvo en todas las pantallas, y cuando no quedaba ya sitio ni espacio público limpio de su basura omnipresente, su voracidad empezó a buscar ámbitos hasta entonces ignorados.

Las casas habitación fueron utilizadas como carteleras de helados, partidos políticos o (da lo mismo) servicios funerarios que esparcían las cenizas en el espacio (por lo redituable, esto en principio fue algo muy atractivo para los dueños de las propiedades).

A eso le siguió la publicidad de perspectiva aérea. Las compañías rentaban o compraban manzanas completas, calles, colonias, distritos, con tal de poder dar un mensaje o plasmar su eslogan y logotipo para que formaran parte del paisaje de tripulantes de avión o dirigibles individuales, para quienes, por otro lado, era prácticamente imposible dejar de ver.

Fue imprescindible que las empresas registraran este o aquel color para poderlo usar de manera exclusiva, pues ya al final dejó de importar el asunto estético o comprensible de lo observable; no así el color, que por más alto que fuera alguien, podía reconocer el inequívoco color de una distribuidora de cosméticos o la firma de un monopolio de abogados interplanetarios.

No había límite en la cantidad de recursos invertidos para publicidad, cosa que queda clara con las todavía visibles constelaciones artificiales que dibujaban en el espacio los sellos de las marcas más importantes, y las estructuras para anuncios espectaculares puestas en órbita para su arrendamiento.

Consta, en los registros digitales mundiales, un total de 6,900 colores o tonos patentados, todos más o menos visibles a la perfección por los ojos humanos sin artefactos ni químicos de por medio. Todavía, si vas viajando, digamos, en una astronave, de día o de noche, puedes reconocer en la fisonomía del planeta el innegable rojo Coca-Cola, el blanco purísimo de la Cocaína Legal (marca registrada) o el azul pacífico de la única marca de agua en tabletas.

El fin de los libros

Para el siglo XXIII, las muchas acciones realizadas por el Gobierno Único en aras del bienestar público y el combate a las actividades ilícitas y criminales habían terminado por desaparecer de la faz del mundo todo aquello que consideraban que atentaba contra el bienestar y la seguridad de los ciudadanos; entre otras tantas cosas, los libros.

Es claro que por libros nos referimos a esos antiguos objetos constituidos por láminas de papel (u otras fibras, vegetales o minerales) con texto escrito por ambos lados, que siguieron constituyendo un objeto material y conservaron sus características físicas, pero se fueron volviendo obsoletos gracias a dos circunstancias elementales:

Por un lado, la ley de acceso a la visión personal (disfrazada de garantía de protección social monitoreada) permitió a las autoridades censurar y bloquear contenido visual, según una larga enumeración de prescripciones inextricables, a través de un dispositivo implantado en toda persona registrada como ciudadano. Complementariamente, la supuesta prevención del espionaje y actividades criminales y la regulación total del contenido disponible en formatos digitales.

En tres palabras, cualquier persona podía tomar un libro, abrirlo y mirar su interior, pero nadie tenía la capacidad para decodificar la información; en su lugar, la palabra error aparecía sobre las páginas.

Ahí estaban los libros, pero ya no existían.

Mirar los mundos

Los sobreiris fueron bastante famosos en su tiempo. Estuvieron en gran estima entre artistas y videojugadores. Entre otras cosas, y quizá con el soporte de algún otro dispositivo o señal, podían, por ejemplo, ampliar la gama de colores perceptibles por el ojo humano o disfrutar por largos ratos del punto de vista que tendría una mosca, un águila o un insecto nocturno (la mayoría extintos ya por entonces).

No tiene caso hablar de lo fácil que resultó hacerse de varios pares, debido a los bajos costos que alcanzaron y a su distribución, que permitía desde recibirlos por correo hasta adquirirlos en expendios de licores.

Los pedidos con diseños a placer fueron normales, y en algún momento ya casi ninguna petición resultaba exótica. La percepción de la luz de los ciegos; la visión de un buzo; variaciones y especulaciones sobre cómo verían los habitantes de otros planetas, los animales prehistóricos, el resto de los homínidos...

Todavía ayer, mientras preparábamos el cuerpo de una mujer de ochenta y tres años (muerte natural), retiré dos películas de los globos oculares con algo de extrañeza. Ya no se ven mucho en la actualidad y, en todo caso, su tipo fueron de los menos populares. ¿Por qué alguien querría usar unos anteiris permanentes para ver el mundo en blanco y negro?

Una reliquia

Quizá el invento más entrañable que generó la tecnología de los últimos siglos fue la cámara somnográfica —en un inicio concebida con fines de esparcimiento—, cuyos usos y aplicaciones rápidamente fueron aprovechados por prácticamente todas las ramas científicas vigentes por entonces, sobre todo en las llamadas «nuevas psicologías».

Su fácil adquisición y su sencillo manejo la volvieron tan popular como los viejos teléfonos inteligentes.

Se trata de un delgado rectángulo de plástico transparente adherible, que apenas ocupa la palma de la mano, colocado en la frente; se programa mediante comandos de voz para que haga su trabajo: registrar (grabar) los sueños.

A través de una operación hecha a partir del código binario, una vez fotografiado el sueño se podía descargar en cualquier dispositivo como archivo de audio o video. De este modo, el sueño se podía visualizar en unas gafas, en una proyección holográfica o abrirlo directamente en el visualizador interno personal, con un menú de opciones para activar o desactivar audio, modificar características de la imagen (o suprimirla), o bien imprimir una versión escrita del sueño. Salvo en esta última modalidad, el sueño era experimentado tal y como fue soñado por su creador.

Fue durante esta época que más se avanzó en el estudio de los sueños, su interpretación, su uso terapéutico, su comprensión y la constitución simbólica de su lenguaje; apenas un poco antes de que los humanos dejaran de soñar (es decir, ese proceso biológico de imaginación que ocurre durante las horas de sueño) y soñar se convirtiera en algo del pasado.

Sucede que, a partir del funcionamiento de la cámara somnográfica, se desarrollaron posteriormente sistemas para que la gente descargara clases, cursos, eventos y espectáculos de todo tipo, y los pudiera ver

durante sus horas de sueño. En ninguna otra época se optimizó tanto el tiempo de vigilia de los seres humanos.

Sobre el graffiti

Como dijimos, amaneció en el interior del Canal, a la altura de la Mediateca Municipal y —presumiblemente, dicen los medios— habría sido escrito por viajeros del tiempo.

Para más señas, autoridades y expertos que llegaron al lugar aseguraron haber encontrado en la escena un par de envases muy similares a las actuales latas de pintura en aerosol, pero de una aleación desconocida, sumamente resistente pero flexible al tacto.

La pintura tenía también una apariencia diferente: aunque estaba fija en su sitio, las letras parecían temblar «como lo haría una tira de gelatina suspendida en el espacio». Alrededor del texto se extendía una especie de película que creaba un efecto en tercera dimensión; en cuanto al color, se trataba de «una oscuridad que destella en diferentes tonalidades e intensidad (pero que brilla dentro de la pintura, no en su superficie)».

En perfecto español contemporáneo, se puede leer desde el puente, si vas de Este a Oeste:

«No vengán al futuro, está bien gacho».



www.pech.icm.gob.mx

2020

Este libro se terminó de imprimir en el año 2021

Consta de un tiraje de 500 ejemplares

Impreso y hecho en México en
Litográfica IMAP, S. A. de C. V.

Av. Octavio Paz No. 185
Complejo Industrial Chihuahua
Chihuahua, Chih.
Tel. (614) 481-01-55

www.imapcolor.com



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021

Posdata del futuro

ELÍ ISAÍ LOYA BALCÁZAR

Si bien con su primer libro, titulado *Ojo de bruja*, Elí Isaí Loya Balcázar fue una sorpresa para la ciudad literaria por la novedad de su estilo, la ligereza y exactitud de la prosa, la burbujeante imaginación y gracia, en *Posdata del futuro*, que aparece ya con lectores fieles, una audiencia atenta a su autor, Elí se consolida como un cuentista hecho y derecho. En cada relato un parque por donde surge el paseo, no todas las veces alegre y placentero sino en ocasiones angustioso y de miedo cervical; en cada acción un espejo dinámico donde aparecen las calles de todos, las virtudes y las traiciones que parecen tan cercanas a nuestra vida como los más estimados vecinos.

Jesús Chávez Marín